

*Los días
perdidos de
Valentina*

A.P. Hernández



***-LOS DÍAS PERDIDOS DE
VALENTINA-***

*UN CASO PARA EL
EX INSPECTOR JEFE DE POLICÍA
LÁZARO DEL RÍO*

A.P. Hernández

©Todos los derechos reservados
Antonio Pérez Hernández

Sobre el autor

Antonio Pérez Hernández (Murcia, 1989) es maestro de Educación Primaria, pedagogo, Máster en Investigación e Innovación en Educación y Doctor, mención *cum laude*, por su Tesis Doctoral *Evaluación de la competencia en comunicación lingüística a través de los cuentos en Educación Primaria*.

Ha sido galardonado con un Accésit en el Premio de Creación Literaria Nemira y resultado Finalista en el Certamen Internacional de Novela Fantástica y de Terror Dagón. Ha publicado un total de siete libros y ha sido traducido al inglés y al italiano.

En la actualidad combina su labor docente con la escritura.

Página web: <http://aphernandez.weebly.com>

Twitter: [@ap_hernandez](https://twitter.com/ap_hernandez)

Instagram: [@ap_hernandez](https://www.instagram.com/ap_hernandez)

Índice

[AHÍ-FUERA](#)

[DÍA 1](#)

[DÍA 2](#)

[DÍA 3](#)

[DÍA 4](#)

AHÍ-FUERA

Lázaro del Río ve la televisión. O al menos eso intenta. Después de mucho tiempo sin hacer absolutamente nada a excepción de subsistir a base de comida enlatada y cerveza barata, cree que encender el televisor de su casa puede ser un buen (y sencillo) modo de volver a mostrar interés por el mundo en el que aún vive.

La pantalla se ilumina y Lázaro cierra los ojos, deslumbrado por el repentino fogonazo de luz. Desde que sucediera aquello, Lázaro no ha vuelto a salir a la calle. Le ha declarado la guerra al mundo exterior y ahora está firmemente convencido de no volver a poner un pie fuera de su dúplex de 200 metros cuadrados. Ahí tiene todo lo que necesita y, gracias a Internet, puede pagar las facturas de la luz y el agua y hacer la compra a domicilio.

Lázaro se sienta en el sofá de la sala de estar y, aún con los ojos achinados, observa a la presentadora del telediario en su LG de 45 pulgadas y HD-Ready. Es guapa. Vaya si lo es. Morena, como a Lázaro le gustan, de ojos castaños y piel blanca. Se acomoda en el sofá y la escucha.

Habla de una banda organizada especializada en el robo de vehículos de alta gama y alerta a los vecinos de un barrio de Madrid a extremar las precauciones.

Lázaro respira, aliviado, aunque sabe que aún no está a salvo.

Aguarda a la siguiente noticia.

-Venga, Ojos Morenos, pórtate bien con Lázaro.

La siguiente noticia es la agresión producida entre dos jóvenes en la salida de una discoteca. Explica la presentadora que los hechos ocurrieron a las tres de la madrugada cuando los jóvenes, de 19 y 22 años, abandonaron el local en evidente estado de embriaguez. Al salir, discutieron y se enzarzaron en una violenta pelea. Al parecer uno de los chicos tenía un cuchillo y apuñaló al otro, que se encuentra hospitalizado en estado grave.

-El mundo está hecho una mierda –dice Lázaro.

Y, que Dios lo perdone, no puede ser más feliz por ello.

Aguarda a la siguiente noticia, cada vez más tranquilo.

La presentadora habla de un incendio menor producido en un edificio. Afortunadamente, el incidente no ha causado ninguna muerte, tan solo dos heridos leves...

Lázaro apaga el televisor.

La ansiedad acumulada en su pecho se diluye, poco a poco. El ritmo de su corazón disminuye y se acompasa a su respiración.

Por fin. Por fin Lázaro ha dejado de ser noticia... Aunque claro, ¿cuánto tiempo hace de aquello? ¿15 años? ¿16 años?

No puede responder a esas preguntas. El tiempo dejó de tener sentido desde el momento en que entró en prisión. Y, por si fuera poco, tras cumplir su condena, ha vuelto a aprisionarse, aunque esta vez en su propia casa. Nada más entrar, Lázaro bajó las persianas y cerró la puerta principal con pestillo.

-Como si alguien fuera a venir a visitarme –piensa-. ¡Como si le importara a alguien lo más mínimo!

Salió de la cárcel hace unas cuantas semanas (puede que meses) y muchas cosas han dejado de importarle.

Para Lázaro, su vida también deja de tener sentido.

¿Qué futuro le aguarda, sumergido continuamente en aquella oscuridad, imposibilitado de salir, ni tan siquiera, al jardín de su casa? Lázaro sabe que, a pesar del tiempo transcurrido, sus hechos no han sido olvidados. Una clara evidencia es la pintada que hay en la fachada de su casa: PUTO ASESINO.

También sabe que mudarse a otra ciudad no es una opción. Allá donde fuera, la gente lo reconocería: el que fuera Inspector Jefe del Cuerpo Nacional de Policía, Lázaro del Río, convertido, de la noche a la mañana, en asesino.

Su foto fue portada (y durante varios días) de los principales periódicos internacionales. Fue titular de revistas y boletines en varios países. Sus actos resonaron en todos los idiomas y en todos los informativos del mundo.

-Yo antes tenía una vida –dice, pensando en voz alta-, ahora no tengo nada.

Lázaro no tiene familia, a excepción de su hermano mayor, quien desde lo ocurrido, no volvió a mantener contacto con él.

-Nadie fue a visitarme a la cárcel...

Y aquello es lo que más le duele. Nadie. Nadie se preocupó por él.

-Estoy solo –comprende.

Lázaro se pone en pie y se encamina hacia el frigorífico. Del pack ahorro de cervezas que compró hace unos días por Internet, ya solo quedan tres. Las

coge del asa y vuelve a sentarse en el sofá con las latas en el regazo. Se bebe la primera en un suspiro, la estruja con su mano izquierda con una fuerza desmesurada y la lanza hacia el rincón de la sala de estar.

Nunca había bebido, por el contrario, siempre fue un hombre abstemio.

-Pero eso fue antes de convertirme en el monstruo que soy ahora.

Y con aquel pensamiento, Lázaro se empina la segunda lata.

Eructa sonoramente, la estruja y la lanza, esta vez, contra la puerta de la entrada.

-¡Que os jodan a todos! –Le chilla a la soledad que lo envuelve, con las lágrimas resbalándole por las mejillas-. ¡Que os FOLLEN! ¡Era un asesino! ¡Era un puto violador!

Son las cuatro de la madrugada y Lázaro hace la compra por Internet. Mañana, a primera hora, se la llevarán a la puerta de su casa.

Revisa su pedido final: 20 packs Maxi-Ahorro de cerveza, tres packs de refrescos azucarados, 30 pizzas congeladas de jamón y beicon, papel higiénico, 18 bolsas de patatas, 27 cafés fríos y 5 paquetes de cereales integrales.

Clica en OK e introduce el número de su tarjeta de crédito. A continuación, vuelve a hacer clic en FINALIZAR COMPRA y, para su sorpresa, comprueba que la operación no puede ser realizada.

Lázaro, temiéndose lo peor, accede con su DNI y contraseña a su banca privada online. Comprueba que tiene un saldo a favor de tan solo 121.45 €. Sus ojos se abren de par en par y se lleva las manos a la cabeza, atónito.

Tanto tiempo en prisión le había hecho olvidar que no tenía trabajo ni ingresos. Fue expulsado del Cuerpo Nacional de Policía e inhabilitado de empleo y sueldo.

Lázaro frunce el ceño. ¿Dónde se habían metido todos sus ahorros? Sin dudar, entra en su perfil de usuario, selecciona su cuenta corriente y clica en la opción VER MOVIMIENTOS DE ESTA CUENTA.

Para su asombro, comprueba que no todo el mundo se había olvidado de él. Puede que ninguno de sus compañeros del cuerpo hubieran ido a visitarlo, puede que incluso su hermano no le hablara... ¡Pero había alguien que sí se había acordado periódicamente de él!

-¡Menudos cabrones!

La hipoteca de su casa.

Se había olvidado de la maldita hipoteca.

A final de cada mes había un saldo negativo de 213€ acompañado del concepto HIPOTECA VIVIENDA.

La parte buena era que gracias a sus ahorros, el banco no le había embargado su casa. La parte mala, malísima, es que sus ahorros han desaparecido y que, además, todavía le quedan por pagar más de 40.000 € de

la hipoteca. Antes, cuando era Inspector Jefe de Policía, hacer frente a una mensualidad de 213€ era algo sencillo, pero... ¿qué haría ahora?

Lo último que quiere es que lo echen de su casa...

-He de buscar un empleo...

Pero descarta la idea rápidamente. Hay algo en él que se resiste a trabajar en algo que no tenga relación con la policía nacional. Al fin y al cabo, ha estado en el cuerpo casi toda su vida, desde que aprobara las pruebas de acceso con 19 años.

La trayectoria de Lázaro fue brillante. Comenzó, como todos, siendo un simple policía en prácticas, para posteriormente pasar a ser un policía. Pero la cosa no quedó ahí. A diferencia de sus compañeros, Lázaro continuó ascendiendo: de policía, pasó a oficial, luego a subinspector, inspector alumno (de primer y segundo año), inspector alumno en prácticas, inspector y, finalmente, inspector jefe.

El cargo de inspector jefe era un elevado escalafón, sin duda, pero Lázaro sabe que, de no haber cometido aquella estupidez, habría llegado a ser comisario.

-¿Y ahora qué? -se pregunta, observando la pila de latas de cerveza acumuladas en el rincón de la sala de estar-. ¿Se supone que debo buscar empleo como camarero o dependiente de una tienda?

La sola idea le hace esbozar una mueca hosca. Lázaro no tiene nada en contra de los camareros, ni tampoco en contra de los dependientes de tienda. El verdadero motivo por el que se resiste a buscar un empleo es que todavía se cree un policía. A pesar de haber sido expulsado del cuerpo hace años, Lázaro, en su interior, continúa comportándose, actuando y sintiéndose como un policía.

-Siempre seré Inspector Jefe -le dice a su reflejo proyectado en la pantalla apagada del televisor-. Y un Inspector Jefe lo es a tiempo completo.

Lázaro se contempla; apenas puede reconocerse a sí mismo. Ve a un hombre alto, delgado, de ojos negros y próximo a la cincuentena. Tiene el pelo desarrapado y el tatuaje de una serpiente reptándole desde su pezón izquierdo hasta el cuello.

Lázaro se levanta del sofá y se dirige a la segunda planta de su dúplex. Está cansado, y su forma física ha empeorado sobremanera desde que saliera de la cárcel. En prisión, al menos, hacía pesas diariamente con el resto de reclusos. Pero en su casa, el único ejercicio que realiza es el de arrastrar los pies del retrete al sofá, y del sofá al dormitorio (y esto último cuando no se

queda dormido en el sofá).

Sube los escalones con cierta fatiga y anadea hasta su dormitorio. Sin titubear, abre el primer cajón. Comprueba, con asombro, que aún está ahí. Apenas puede creerlo.

Lázaro coge su ya antiguo y caducado carné profesional. Observa, con una mezcla de amor y nostalgia, el escudo nacional.

-Solo me queda esto –susurra, leyendo su antiguo número de identificación del cuerpo-. Solo esto...

Agotado del esfuerzo de subir las escaleras, y también sin duda a causa del alcohol ingerido, Lázaro su tumba en su cama.

Duerme aferrado a carné.

La comida comienza a escasear y Lázaro sopesa cada vez más la posibilidad de salir, como él denomina al mundo exterior, a AHÍ-FUERA.

Pero AHÍ-FUERA es un lugar vasto y hostil, lleno de miradas acusadoras y conversaciones quedas a sus espaldas.

-En la cárcel estaba mejor –se dice, cambiando de postura en el sofá. La espalda le duele y lamenta no tener un sofá reclinable-. Allí por lo menos hablaba con personas.

Lázaro hizo amigos en la cárcel. Es verdad que los policías no son bien aceptados por los presos, pero Lázaro no tardó en descubrir un código interno. Al parecer, los camellos, atracadores y asesinos disponían de su propia ética y, a sus ojos, los actos de Lázaro fueron vistos como algo honorable y comprensible. Matar a un violador era algo tan respetable como atracar un banco para dar de comer a tus hijos.

En mañanas como aquella, Lázaro echaba de menos a sus amigos. Ahora estarían en el gimnasio de la cárcel, bien desayunados, y tomando el sol, mientras que él...

-¡Menuda mierda!

Vuelve a acomodarse en el sofá. Esta vez, se cruza de brazos sobre su vientre. Se percata de que está engordando...

Y, así, de repente, Lázaro escucha un sonido.

Proviene de la calle.

Proviene, exactamente, del umbral de la entrada.

-*Es una persona...* –pero Lázaro sabe que no. Es un animal. Un...

-¡Gato!

El gato maúlla de un modo lastimero. Lázaro sabe cómo son los gatos y aguarda a que el animal se marche por donde ha venido. Pero el gato no se va. Continúa arrastrando aquel maullido, tan semejante a un llanto, durante cinco minutos, diez minutos, 15 minutos, 20 min...

Instado por la curiosidad, Lázaro se pone en pie y se dirige a la puerta, el único trozo de madera que lo separa del temible AHÍ-FUERA. Pega la oreja

contra la madera y escucha detenidamente el maullido. Es largo, pesadoso y... doloroso. Sí, Lázaro percibe dolor en aquel sonido.

Aun sabiendo que es una completa locura, gira la llave de la entrada, ase el pomo y abre la puerta... Tan solo unos milímetros, lo justo para asomar un ojo.

El aire del exterior le sacude el rostro como un aliento amable. Mil olores indescritibles y, al mismo tiempo, tremendamente familiares, le golpean. Pero Lázaro mira al animal que yace en el rellano. Es un gato negro. Está tumbando, hecho un ovillo, con la cabeza entremezclada con el rabo y las patas. Es joven y está famélico.

-¿Qué haces aquí? –Lázaro se siente feliz al formular aquella pregunta. Es la primera vez en semanas que interacciona con un ser vivo-. ¡Vete a tu casa!

El gato no reacciona a su voz. Tan solo continúa con su lastimero llanto.

Lázaro abre un poco más la puerta. Otea el horizonte, en busca de vecinos que puedan lanzarle miradas acusadoras, pero no hay nadie.

-Todo el mundo está trabajando...

Lázaro abre la puerta de par en par, da un paso fuera y coge al gato. Al cerrar la puerta tras su espalda, el corazón le va a mil por hora.

DÍA 1

Por alguna extraña razón que Lázaro no alcanza a comprender, cuidar del gato despierta en él un sentimiento de felicidad.

Antes nunca hubiera rescatado a un gato de la calle, y mucho menos, a un gato negro, pero como Lázaro bien sabe, ya no es el de antes.

Lázaro comparte con su nueva mascota una de las últimas latas de salsa de ternera que quedan en la despensa. Él bebe cerveza (también una de las últimas subsistencias) mientras que Bucéfalo (nombre con el que ha decidido bautizar a su nuevo amigo) bebe leche fresca en una copa de cristal ancha.

Los dos comen en la mesa, uno enfrente del otro, y la ventana de la sala de estar está ligeramente subida. Lázaro no sabe cuándo la ha abierto, pero está convencido de que lo hizo por Bucéfalo, para que el animal pudiera tomar un poco el sol.

Bucéfalo termina su plato y clava sus ojos en el plato de Lázaro, concretamente, en el último trozo de ternera en salsa.

-¡Ya te has comido tu plato! ¡Ni se te ocurr...!

Pero Bucéfalo da un salto y se hace con la carne antes de que Lázaro pueda reaccionar.

-¡Maldito gato! –exclama Lázaro con una sonrisa-. ¡Esa era mi comida!

Bucéfalo mastica delicadamente su merecida ternera hasta que, unos golpes en la puerta de la entrada, llaman su atención.

Lázaro se queda atónito. Esta vez no es ningún animal malherido. De eso está seguro. Han sido dos golpes secos y claros.

TOC-TOC.

De nuevo vuelven a llamar.

Lázaro, que desde que goza de la compañía de su amigo felino, ha realizado, sin ser consciente, muchos progresos, se dirige a la puerta. Aun temeroso, el miedo y el pavor han desaparecido. Se siente lo suficientemente seguro como para girar la llave y abrir ligeramente la puerta.

Ve a una mujer.

Es rubia (a Lázaro le gustan las morenas, pero a estas alturas, cualquier

mujer le resulta atractiva) y, de lejos, se ve que tiene clase: viste un ajustado vestido de tubo negro Norma Kamali, un bolso negro de cierre imantado Autre Chose y unas desmesuradas gafas de sol.

-Perdone que le moleste –comienza la mujer-. ¿Es usted Lázaro del Río?

Lázaro, no sin cierta reticencia, abre un poco más la puerta.

-Sí... ¿quién es usted?

-Buenos días, Lázaro. Me llamo Marta y me gustaría hablar con usted.

Lázaro se queda inmóvil como una estatua. La contempla fijamente durante unos segundos que parecen eternos.

-¿Le importa que pase, por favor? –le pregunta, tras no obtener invitación alguna por parte de Lázaro.

Lázaro gira la cabeza y contempla el interior de su casa: el gato degustando el trozo de ternera en salsa encima de la mesa, la pila de latas de cerveza del rincón de la sala de estar, los calzoncillos esparcidos por el piso, los calcetines que había dejado tirados por aquí y por allá cuando tenía calor en los pies...

-¿Lázaro?

Lázaro vuelve a mirar a la mujer.

-Solo serán unos minutos de su tiempo, por favor –insiste Marta.

Al no obtener respuesta alguna de su interlocutor, la mujer añade:

-Es muy importante...

Lázaro no logra ver más allá del cristal casi opaco de sus gafas de sol, pero tiene suficiente experiencia como para saber que la mujer tiene los ojos vidriosos y pronunciadas ojeras.

Lázaro del Río, intrigado por aquella visita y, en parte, engatusado por aquella hermosa mujer, habla sin pensar y dice algo que, se juró, jamás volvería a hacer:

-Tengo la casa hecha un desastre, ¿le importa que vayamos a una cafetería? Hay una a un par de manzanas de aquí que es muy tranquila.

O eso cree recordar. Hace 15 años que no pone un pie en ella. De hecho, bien podrían haberla derribado y ni lo sabría.

La mujer sonrío y le muestra sus dientes, perfectos y blancos como perlas.

-¡Muchas gracias, Lázaro! ¡No sabe cuánto se lo agradezco!

-Tan solo deme cinco minutos.

Lázaro deja a su visitante en el umbral de la entrada, lo cual, sin duda, es una absoluta falta de respeto. Cualquiera hubiera invitado a aquella apuesta señora a esperar en el recibidor del dúplex, pero a Lázaro, aquello lo avergüenza. Su casa no está presentable, y él tampoco. Las latas de comida sin duda han dejado un olor rancio en el interior. Él no lo percibe, pues ya estaba acostumbrado, pero seguro que cualquier persona proveniente de AHÍ-FUERA se percataría del olor hasta el punto de vomitar.

Además, seguro que él también echa peste. ¿Cuándo fue la última vez que se duchó?

-No hay tiempo para ducharse.

Revolver su armario en busca de ropa elegante lo emociona. Despierta una parte dentro de sí que creía dormida. Salir a hablar con una mujer, aunque fuera una desconocida, es algo que jamás creyó que volvería a hacer.

Lázaro se echa desodorante por las axilas, selecciona una de sus mejores camisas (caprichos que antes, cuando tenía empleo y sueldo, podía costearse): una Emporio Armani azul marino que, en su día, costó más de 150€.

-Y ahora no tengo ni para alimentar a Bucéfalo...

Pero descarta el pensamiento rápidamente. Marta lo aguarda en el rellano. Escoge unos pantalones vaqueros y se calza sus zapatos. Están impolutos, tal y como los dejó antes de entrar en prisión.

Sin perder un segundo más, baja las escaleras.

Marta y Lázaro del Río toman asiento en la cafetería, en una discreta mesa ubicada en la pared opuesta a la entrada. Como bien señaló el ex inspector jefe, el establecimiento está vacío.

La camarera los ve entrar y, apenas toman asiento, se planta frente a ellos, preparada con su bolígrafo Bic y un minibloc para tomarles nota. Lázaro la mira, y espera a que la joven le devuelva la mirada, una mirada acusadora y sobresaltada a un tiempo, pero para su asombro, no percibe nada en ella.

-¿Qué desean tomar?

Lázaro no da crédito. ¿Acaso no le importa tomarle nota a un asesino?

-Yo tomaré un café solo –dice Marta.

La camarera toma nota y mira a Lázaro.

-*No me reconoce* –piensa, feliz como el que más-. *No sabe quién soy. La gente ha comenzado a olvidar al ex Inspector Jefe Asesino...*

-¿Y usted? –le pregunta.

-¿Yo? –Lázaro no la entiende, tan absorto en sus pensamientos está.

-Sí... usted... –se atisba cierta impaciencia en su voz-. ¿Qué desea tomar usted?

-Pues yo tomaré...

Lázaro desvía la mirada hacia el mostrador. A pesar de la distancia que lo separa, ve (¡y huele!) bocadillos recién horneados de jamón serrano y tomate, pan-pizzas de atún y queso fundido, berlinas de chocolate revestidas de almendras troceadas....

-¿Señor, desea tomar algo?

La camarera comienza a perder la compostura.

Lázaro sabe que lo formal, lo profesional y lo socialmente aceptable sería que él también pida un café para acompañar a aquella señora, pero dos meses encerrado en casa a base de comida enlatada y cerveza barata es demasiado para guardar las formas.

-Quiero un café solo... y un bocadillo de jamón... y una pizza de esas de la derecha... Sí, de atún... Y, ¿tenéis ensaladilla rusa?... Genial... Pues ponme

una tapa... También quiero un Donut de chocolate... No, mejor ponme tres... Y... ¿tenéis tarta?... Perfecto... Pues ponme una tarta de queso... y...

Lázaro se muerde la lengua al ver la estupefacción con la que lo mira Marta. Sin duda, todo aquello la pilla por sorpresa.

-Solo eso –se obliga a decir-. Gracias.

La camarera termina de anotar en su minibloc el pedido de Lázaro del Río (tiene que pasar la página para escribirlo todo) y se dirige a la barra.

Lázaro se obliga a apartar la vista de la camarera (que enciende la tostadora para calentar su anhelado bocadillo de jamón) y mira a la tan atractiva como misteriosa señora. ¿Qué es lo que quiere de él? Lázaro mostró su reticencia a hablar con ella, pero cedió porque reconoció en su rostro una sombra de angustia. Nadie como él reconoce tan bien los diferentes modos en que puede manifestarse la desesperación.

Y es que 15 años en el cuerpo de policía es demasiado tiempo, demasiado como para no reconocer la desolación cuando la tiene delante.

Y aquella mujer lo está. Vaya si lo está.

-¿En qué puedo ayudarla, señora? –le pregunta, intrigado.

La mujer inspira profundamente y se dispone a hablar, pero guarda silencio al ver a la camarera aproximarse a su mesa.

Los dos aguardan pacientemente a que la joven empleada les sirva. La chica deposita con solemnidad los platos sobre la mesa y, tras desearles buen provecho, regresa tras la barra a jugar con su móvil.

Lázaro coge el bocadillo de jamón, pero antes de devorarlo, tiene la delicadeza de partirlo con un cuchillo.

-Por favor, Marta –le dice, ofreciéndole la mitad-. Permítame compartir con usted este almuerzo...

Marta alza una mano, indicando que no tiene apetito y Lázaro se siente como un completo estúpido. Sabe que está dando una pésima impresión de sí mismo, pero aquello ya no le preocupa. O al menos no le preocupa tanto como antes. Ya no tiene imagen profesional que mantener.

-Dígame, señora –le dice, hincándole el diente al crujiente pan tostado-. Hábleme sin tapujos.

Marta se lleva las manos a las gafas de sol y se las quita. Por primera vez, Lázaro le ve los ojos. No se equivocó al pensar que los tenía llorosos, al igual que tampoco falló al intuir sus acusadas ojeras.

De repente, aquella señora, pierde todo su atractivo. No obstante, Lázaro admira el hermoso color verde de sus pupilas. Allí, en la tenue luz del café,

brillan tímidamente como dos piedras de jade.

Lázaro aparta el bocado y el resto de platos. Se cruza de brazos y la mira fijamente.

-Tiene toda mi atención, señora.

Y así, Marta comienza a hablar.

-Tienes que ayudarme, Lázaro. Por favor. Tienes que ayudarme.

Marta lo tutea. Aquello antes lo hubiera molestado. Pero ahora no. Ya no hay motivo para hablarle de usted.

-Se trata de mi hija... Valentina...

El ex Inspector Jefe comienza a temerse lo peor. Sin darse cuenta, ha perdido todo su apetito.

-El año pasado, mi hija, ap...

La mujer comienza a llorar. Aquello pilla por sorpresa a Lázaro. La camarera, aun desde la barra, levanta la mirada de la pantalla de su celular y echa un furtivo vistazo a la mujer. Luego, discretamente, vuelve a jugar con su teléfono.

-Tranquilícese, señora –le dice Lázaro. A falta de un pañuelo, coge una servilleta de papel y se la ofrece. La mujer la acepta y se enjuga las lágrimas.

Tras tragar saliva y recuperar la compostura, prosigue con su historia:

-Como le decía, hace un año, mi hija, Valentina, apareció... muerta.

Y tras el esfuerzo que, sin duda, le supone pronunciar la palabra MUERTA, Marta se sume en un cáustico silencio.

-Vaya, lo siento mucho... ¿Cuántos años tenía?

-Estaba a punto de terminar el instituto... 15 años... Le faltaba menos de un mes para hacer 16.

-Perdone que se lo pregunte, señora. –Lázaro adopta un tono circunspecto-. No quiero parecer maleducado, insensible, ni nada de eso... ¿Pero qué es lo que quiere de mí?

La mujer clava en él sus penetrantes ojos verdes. Ya no hay duda en su mirada.

-Quiero que haga justicia... Quiero que encuentre a su asesino.

»Valentina, una mañana, apareció muerta. Fui a su dormitorio a despertarla, pensando que otra vez había vuelto a quedarse dormida... No quería que volviera a llegar tarde al instituto...

»La encontré en el suelo, con la espalda recostada contra su armario guardarropa. Estaba a medio vestir, como si hubiera cambiado de idea a la hora de ponerse la camisa.

»Se cortó las venas.

»La sangre resbalaba hasta la puerta de su habitación...

Lázaro la interrumpe.

-Pero señora –le dice, sin poder contenerse-. Si su hija se suicidó, ¿por qué me ha dicho que quiere que encuentre a su asesino?

Marta mira a Lázaro sin titubear.

-Mi hija se suicidó, sí. Fue ella quien introdujo su cúter de manualidades de plástica bajo su piel, pero le garantizo que aquel no fue un acto voluntario. Alguien la obligó a hacerlo.

Lázaro coge su taza de café y da un sorbo. Está caliente y tiene un sabor muy fuerte.

-¿Y qué fue lo que dijo la policía?

Marta suspira, como si recordar aquello le provocara dolor y exasperación.

-La policía no se calentó la cabeza, ¿sabe? Todo estaba muy claro. Todo indicaba que Valentina se suicidó. No había ningún indicio que sugiriera lo contrario. Su caso está cerrado.

Lázaro toma un largo trago de café, ganando tiempo para pensar. Cada vez más comienza a ganar peso la sospecha de que aquella mujer es una madre desesperada, una madre que, incapaz de admitir el atroz acto de su pequeña, busca alternativas que lo justifiquen.

-Señora, verá... Me gustaría ayudarla, en serio, pero no puedo. No pertenezco al cuerpo de policía ni...

-¡Me da igual! –lo corta-. A la mierda el cuerpo de policía. Le estoy pidiendo a *usted* que investigue el suicidio de mi Valentina... Tengo razones

de peso para sospechar que la estaban acosando, que alguien le estaba haciendo la vida imposible... Ya se lo dije en su momento a la policía, pero me tomaron por loca... ¿Acaso usted va a hacer lo mismo?

Marta, gradualmente, levanta la voz hasta el punto en que está al borde de las lágrimas. La camarera, sentada tras la barra, no les quita el ojo de encima. Sin duda, aquella mujer histérica y su zaparrastroso acompañante son más interesantes que su WhatsApp.

-Baje la voz, por favor –intenta tranquilizarla Lázaro-. Señora, escúcheme, no puedo ayudarla. Le he dicho que no soy policía... ¿Sabe acaso quién soy? ¿Sabe qué es lo que hice?

La mujer asiente sin vacilar.

-Sé lo que hizo y no me importa. Para mí, usted es un héroe. Ese violador se lo merecía.

Lázaro hace caso omiso a su comentario y continúa:

-Pues entonces, señora, también sabrá que me expulsaron del cuerpo y que me *inhabilitaron* de por vida.

-Quiero que investigue por su cuenta –insiste Marta-. A título personal.

Lázaro niega con la cabeza.

-En ese caso, debería contratar los servicios de un investigador privado. Yo... yo no tengo licencia de investigador... No tengo nada.

Marta lo coge de las manos. Lázaro, que no la vio venir, siente su tacto húmedo y frío entre sus dedos.

-Ayúdeme, Lázaro. Usted es el mejor. Lo sé... y usted también lo sabe... – Marta aprieta con más fuerza sus manos entre las suyas-. Leí su trayectoria profesional y sus méritos en el periódico cuando... ya sabe... sucedió aquello. Sé que puede ayudarme. Sé que es el único que puede hacerlo.

Lázaro, aun regocijándose en el agradable tacto de la piel de Marta, guarda silencio.

-Puedo pagarle, ¿sabe? Tengo mucho dinero.

Lázaro hace ademán de protestar, pero no tiene tiempo.

-Le pagaré veinte mil euros ahora mismo. –Marta abre su *Lautre Chose* y saca un sobre. A juzgar por su grosor, está repleto de billetes-. Y si logra dar con el asesino, le pagaré cincuenta mil más.

La mujer deposita el sobre junto a la ensaladilla rusa.

-Por favor, acepte –le suplica Marta-. ¡Diga que sí!

Lázaro, sin poder resistirse, observa el interior del sobre. Es demasiado tentador. Sabe que necesita ese dinero, sabe que la comida enlatada escasea,

sabe que Bucéfalo no puede estar toda la vida comiendo ternera en salsa y sabe que si no paga la hipoteca de su vivienda, el banco se quedará con su dúplex y será desalojado.

-¡De acuerdo! –Lázaro coge el sobre y lo introduce en el bolsillo de sus vaqueros-. Pero ha de saber que si encuentro algo importante, alguna prueba que demuestre que, en efecto, su hija fue conducida al suicidio, será mi obligación informar a las autoridades.

Marta se pone en pie de un salto y lo abraza. Lázaro, por primera vez en muchos años, sonríe.

La casa de Marta es tan lujosa y despampanante como su propietaria. Cuando Marta aparca el vehículo ante la construcción, Lázaro, incrédulo, tiene que preguntar si aquella es su vivienda.

Se trata de un lujoso chalet ubicado en el extrarradio de la ciudad. La propiedad está cercada por una verja verde de aproximadamente dos metros de altura coronada en afiladas puntas disuasorias. Además, Lázaro comprueba que la propiedad cuenta con un sistema de videovigilancia. Hay dos carteles que así lo hacen saber a cualquiera que trate de flanquear la propiedad.

-Veo que se toma la seguridad muy en serio –afirma Lázaro, sin apartar la vista de la imponente fachada.

Lázaro no tiene dudas de que Marta, en efecto, tiene mucho dinero. Si bien ya se sorprendió al montar en su coche (el nuevo Audi S5 con cambio automático y un interior repleto de extras), su casa es el colofón. La construcción posee una arquitectura contemporánea, una hermosa fachada color pizarra poblada de enormes ventanales, dos plantas de altura y, para colmo, un extenso jardín. Distingue una bien cuidada hilera de cipreses dispuestos próximos a la reja limítrofe, sin duda, con la idea de otorgar cierta privacidad. También distingue unas cuantas palmeras y, colindante a la vivienda, un hermoso malus de hojas cobrizas.

-Tiene una casa preciosa –le dice, boquiabierto.

Marta le dedica una sonrisa amable, para el motor y echa el freno de mano.

-Vayamos dentro –dice, abriendo la puerta del vehículo-. Quiero enseñarle la habitación de mi hija.

Un rústico sendero de piedra serpentea a lo largo del jardín hasta llegar a la puerta de entrada del chalet. Mientras camina, Lázaro tiene tiempo para observar la lujosa piscina de la propiedad. Debe medir, al menos, 15 metros de largo por siete de ancho. El agua cristalina refulge como invitando a darse un chapuzón. La piscina cuenta con una cascada natural y el agua resbala y cae por la piedra tallada en un sonido de lo más relajante.

Lázaro se abstiene de hacer más comentarios y sigue en solemne silencio a Marta a lo largo del sendero.

Caminando tras ella, Lázaro no puede evitar fijarse en sus piernas y en el modo en que su Norma Kamali se ajusta a sus esbeltas caderas.

Llegan a la puerta principal del chalet y Marta la abre. Sin perder ni un segundo, introduce en el marcador digital la clave de seguridad (ocultando el número con la palma de su mano izquierda) y la cuenta atrás se detiene. Una voz electrónica les da la bienvenida.

-Sígueme, Inspector –le dice.

Lázaro, atónito de escuchar esa palabra (INSPECTOR, por Dios, ¡pero qué bien suena!) la sigue escaleras arriba.

La espaciosa escalera de caracol tiene los escalones de un delicado mármol rosado.

-¿Pero esta mujer en qué trabaja? –se pregunta, Lázaro.

A medida que suben a la segunda planta, Lázaro puede ver parte de la sala de estar: la televisión empotrada en la pared debe tener más de 70 pulgadas y el sofá blanco, además de cómodo, debe ser extremadamente caro. Es algo que puede intuirse fácilmente (en especial si alzas la mirada para ver la araña de cristal que cuelga del techo).

Marta conduce al ex Inspector Jefe a través de un largo pasillo. Los cuadros colgados en las paredes se suceden como en una galería de arte.

Y finalmente, se detienen ante una puerta.

-Es aquí –le dice-. Esta es la habitación de mi pequeña.

Lázaro aguarda a que la señora le abra la puerta, pero no lo hace.

-Tendrá que entrar usted solo. –Marta da un paso al lado y, con un apenas perceptible movimiento de cabeza, le indica que tiene vía libre.

Lázaro comprende que aquella mujer no tiene valor para entrar en esa habitación. Ese comportamiento es algo habitual en familiares que pierden a algún ser querido. El ex Inspector Jefe tiene experiencia más que suficiente como para saber que entrar en aquella habitación es para Marta un modo de recordar los fatídicos acontecimientos.

-Las heridas aún no han cicatrizado –piensa.

Lázaro del Río abre la puerta y, apenas pone un pie en el interior, pregunta, atónito:

-¿Pero qué diablos ha pasado aquí?

Marta, tras su espalda, comienza a llorar.

La ventana del dormitorio está rota. El causante: una piedra del tamaño de un puño. Lázaro se fija en el pedrusco que, tras atravesar el cristal, ha quedado en el centro de la habitación. Los restos de cristales quedan desperdigados por la moqueta y apenas unos cuantos añicos afilados se mantienen adheridos al PVC del marco.

-Señora –Lázaro se gira y busca su mirada-, ¿qué ha pasado aquí?

Lázaro detesta repetir cada pregunta. Se siente incómodo sonsacando información a Marta cuando tendría que ser ella quien le ofreciera todos los detalles. ¿Por qué no le había comentado nada de aquello?

La señora balbucea algo ininteligible. Está demasiado nerviosa. Lázaro trata de tranquilizarla, depositando las manos sobre sus hombros.

-Señora, sé que esto es difícil para usted. –Emplea un tono aterciopelado, cálido y afable-. Pero tiene que ayudarme. Prométame que, a partir de ahora, me lo contará todo, ¿de acuerdo?

Marta asiente como una chiquilla. Desde aquella proximidad, Lázaro observa el incontrolable temblor de su barbilla.

-Mire, Inspector, mire lo que han hecho... –Aparta la mirada del dormitorio de su hija. La visión es desoladora.

-¿Cuándo ha ocurrido?

Marta inspira profundamente y, con un evidente esfuerzo por controlarse, responde:

-Ayer.

Lázaro vuelve a mirar el enorme guijarro.

-¿Tiene alguna pista sobre quién ha podido hacerlo?

La señora, una vez más, le dedica aquella mirada fiera.

-Claro que la tengo... ¡Ha sido su asesino! ¡La persona que condujo a mi Valentina al suicidio!

Lázaro lamenta no llevar encima un minibloc y un bolígrafo como los de la camarera del café. No obstante, espera recordar toda la información.

-¿Le ha ocurrido algo así alguna vez?

Marta niega. Al mover la cabeza, sus ondulados cabellos otorgan al gesto una subrepticia belleza.

-Lo que está claro –dice Lázaro, aproximándose al ventanal del dormitorio-, es que la persona que lo hizo se tomó muchas molestias.

Lázaro duda de que alguien lograra lanzar una piedra de aquel tamaño desde la calle, pues para ello tendría que trazar una parábola perfecta desde la verja del jardín, atravesar las frondosas hojas del malus y estamparse contra el vidrio. Calcula que es un trayecto de casi 50 metros.

-Es imposible...

Lázaro comprende que, quien quiera que fuera el que lo hizo, debió saltar por la valla, trepar por el tronco del malus y, desde la invisibilidad ofrecida por su tupida copa, reventar el cristal a pedradas.

-Pero claro, ¿por qué alguien se tomaría tantas molestias? ¿Por qué alguien se arriesgaría a invadir una propiedad privada con un sistema de videovigilancia para hacer estallar el vidrio de una ventana? ¿Acaso no existen modos más sigilosos de entrar en una vivienda?

Lázaro echa un vistazo al dormitorio de la joven difunta. Para su asombro, todo parece en orden: los libros de la estantería están perfectamente alineados, la cama con una colcha con motivos amorosos (corazones y flechas) no tiene ni una doblez, la lámpara de la mesilla de noche está ubicada en el centro de la superficie, la televisión colgada en la pared está perfectamente centrada, los cajones del escritorio están cerrados y la mochila que descansa sobre la silla está con la cremallera echada.

-¿Le han robado? –pregunta Lázaro.

Por una parte, espera (DESEA) que la señora le diga que sí. Que unos maleantes rompieron el cristal, fueron a alguna habitación y se llevaron unas cuantas joyas. Eso explicaría el incidente.

-No –le contesta Marta-. No han llegado a entrar.

-¿Está segura? –Lázaro traga saliva.

-Completamente.

La hipótesis de la señora comienza a ganar peso. Aquello parece algo personal. Un ataque dirigido a la mismísima Valentina.

-¿Y por qué está tan segura de que fue “su asesino”?

Marta contiene el temblor de su mandíbula. Por un instante, su gesto es adusto, severo.

-Ayer... Ayer se cumplió el primer año desde que mi hija se suicidó.

Ismael sale de la facultad y se encamina a la residencia de estudiantes. Acaba de cumplir 19 años, es moreno, de estatura media y estudia segundo curso de grado en Ingeniería Electrónica en la Universidad Pública *Pío Baroja*. Queda poco para terminar el cuatrimestre. Los exámenes finales están próximos y los estudiantes frecuentan las bibliotecas. Pero a Ismael no le preocupan los exámenes. De hecho, está dispuesto a arrastrar alguna asignatura para el próximo curso. Lo tiene todo estudiado. Lleva suspensas del primer curso de la carrera *Fundamentos Físicos de la Informática y Gestión de Organizaciones y Habilidades Profesionales*. Del segundo curso piensa suspender *Ampliación de Estructura de Computadores y Programación Concurrente y Distribuida* y, por supuesto, el próximo curso suspendería otras dos más. La idea es que, al llegar al final del grado, tenga suspensas las suficientes asignaturas como para hacer creer a su familia que debe permanecer en la universidad un año más.

Y es que no va volver a casa tan pronto. Piensa hacer todo lo posible por prolongar su estancia y permanecer lo más lejos posible de su padre.

Ismael mira su reloj. Son las 12 del mediodía. Ahora sus compañeros están en una asignatura que, en principio, sí quiere aprobar. Se trata de la materia de carácter obligatorio *Compiladores*. Pero a Ismael no le preocupa saltarse la clase. Hoy toca clase teórica y el profesor no pasa listado de asistencia. Ismael tampoco necesita estar sentado dos horas escuchando a aquel imbécil. Prefiere leer en casa el temario. Es más rápido y le proporciona un aprendizaje más eficaz y significativo.

Ismael atraviesa el campus. Le gusta andar solo. El mes de junio es el mejor para ello. Camina con la cabeza gacha, con la mochila colgada sobre un hombro, tal y como la llevan la mayoría de estudiantes. Ismael siente el peso de su portátil y cuadernos. Sabe que, lo lógico, sería distribuirlo entre sus dos hombros, de modo que su espalda se liberara del peso extra, pero no lo hace. Quiere pasar desapercibido. Necesita pasar desapercibido. En especial, después de la grandísima gilipollez de ayer. Se siente un completo

imbécil pero, al mismo tiempo, sabe que es algo que tuvo que hacer.

-Fue mérito mío –piensa-. Uno tiene que reivindicar lo que le pertenece.

-¿Ha informado a la policía?

Lázaro se aproxima a la enorme piedra, se acuclilla y la observa con detenimiento. Es grisácea con algún que otro tono anaranjado. Alarga la mano pero se detiene a tiempo. No quiere tocarla. Sabe que eso podría contaminar las posibles huellas.

-Estuve a punto de llamar al 112 –le informa Marta. La mujer fuma un cigarrillo desde el marco de la puerta del dormitorio y parece más relajada-. Marqué el número y todo, ¿sabe? Pero no pulsé el botón de llamada

-Señora –le dice Lázaro, sin reprimir la dureza de su voz-, tiene que informar a las autoridades. Esto... esto es importante.

-Ya he informado a las autoridades. –Marta lo señala con la mano que sostiene el cigarrillo-. Lo he llamado a usted, Inspector.

Lázaro suspira, exasperado. Ya le ha explicado que él no es ninguna autoridad. Se lo dejó bien claro antes de coger el abultado sobre con sus 20.000€. ¿Por qué, entonces, se empecina en considerarlo un policía? ¿Por qué insiste en llamarlo *inspector*?

-Señora, ya le he dicho...

-No pienso llamar a la policía –lo interrumpe, secamente-. No después del modo en que me trataron la última vez. Me tomaron por loca, ¿sabe?

-Aun así...

-Y además –lo vuelve a cortar-, ¿de qué me serviría?

Lázaro lo piensa y, por un momento, cree que la señora puede tener parte de razón. Sabe que, si llamara a la policía, lo más probable es que enviaran a un par de agentes de la policía local. Estos tomarían nota de lo sucedido y acabarían concluyendo la imposibilidad de establecer vinculación alguna entre los hechos. Por una parte, hay una adolescente que se suicidó hace ya más de un año, una chica que se rajó las venas con su cúter de manualidades por propia cuenta. Y, por otro lado, hay una ventana rota por una piedra. ¿Qué tipo de relación puede establecer entre hechos tan inconexos?

Lázaro no ve improbable que los agentes consideraran aquel como un

incidente menor. Un simple hecho aislado. Un asalto a la propiedad privada de una persona, sí, pero nada grave. De hecho, ni tan siquiera llegaron a entrar en la vivienda. Ni tan siquiera podía hablarse de robo.

-¿Tiene un clínex, señora?

Marta, sorprendida, hurga en el interior de su bolso. Extrae un paquete de pañuelos extra finos, de esos aromatizados, y le extiende uno. Lázaro, sin recordar cuándo fue la última vez que tuvo entre sus manos un pañuelo con olor a menta, lo utiliza para coger la piedra. Observa detenidamente su superficie. Es irregular, plagada de poros y aristas. Aquello, en parte, lo tranquiliza. Sabe que extraer una huella dactilar de aquella superficie hubiera sido misión casi imposible.

Lázaro vuelve a depositar el guijarro en la moqueta del dormitorio.

-Está bien, señora –le dice, recuperando la verticalidad-. Investigaré al margen de la policía, pero como ya le dije, si encuentro algún indicio, algo revelador, tendrá que informar. ¿Lo entiende?

Marta deposita el cigarrillo en la comisura de sus labios y los arquea en apenas una sombra de sonrisa.

-Quiero que sepa que es un delito ocultar esta clase de pruebas a la policía... Y lo último que quiero son más problemas. ¿Lo entiende?

Los labios de la señora se contraen en una amable sonrisa. El cigarrillo acompaña el movimiento.

-Está bien... –Lázaro se palpa el bolsillo del pantalón y se da unos discretos golpecitos para cerciorarse de que el dinero continúa allí-. Necesito ver los vídeos de sus cámaras de seguridad. ¿Hay algún modo de acceder a las grabaciones del último par de días?

Marta arquea aún más los labios. Su sonrisa ahora es resplandeciente.

-Venga conmigo.

Ismael sube las escaleras hasta la segunda planta de la residencia de estudiantes. Su habitación es la 2-18. Se trata de un cuchitril de apenas 10 metros cuadrados, pero ahí tiene todo lo que necesita: un cuarto de aseo particular y una habitación que, a un mismo tiempo, desempeña el papel de sala de estar, dormitorio y despacho de trabajo. La cama queda ubicada en el rincón adyacente a la puerta de entrada, de modo que no ocupa demasiado espacio. El escritorio está pegado ante la única ventana de la habitación, de modo que, mientras Ismael pierde el tiempo realizando alguna estúpida práctica de la carrera, puede descansar la mirada oteando la distancia. Las vistas de las que goza la residencia de estudiantes son, sencillamente, lamentables: un descampado convertido en aparcamiento improvisado de vehículos. Pero Ismael no se queja. Los universitarios que van y vienen a diario de sus hogares aparcan delante de sus narices, y sabe que eso, llegado el momento, puede proporcionarle información valiosa.

Por último, la habitación cuenta con un butacón monoplaza y un pequeño televisor anclado a la pared mediante un soporte móvil.

Ismael camina por el estrecho pasillo de la residencia hasta llegar a la puerta con la placa 2-18. Saca las llaves de la mochila y entra. Cuando cierra la puerta de la habitación con llave y, sobre todo, cuando está completamente seguro de que nadie puede verlo, extrae el portátil de su cartera, lo deposita sobre el escritorio y lo enciende. La persiana de la ventana está bajada. Para su suerte, el fuerte sol del mediodía incide directamente en la parte trasera de la residencia, donde él, junto a muchos otros, tiene su habitación individual. Así pues, no llamaría la atención de nadie por tener la persiana bajada. Ismael ha ido al descampado-aparcamiento y ha observado el lado trasero de la construcción. Sabe que a aquella hora, prácticamente todas las persianas están echadas. Todos los estudiantes (y eso lo incluye a él) tratan de escabullirse del sol. Nadie puede pensar que Ismael sea un bicho raro al que le guste tener la ventana bajada. Nadie puede imaginar que aquel estudiante de Ingeniería Electrónica esté tramando nada raro.

Aquel pensamiento lo reconforta.

Tras echar un último vistazo a la puerta de la habitación y, tras confirmar que, efectivamente, el pestillo está echado y nadie puede entrar, se sienta ante su portátil y comienza a trabajar.

Ismael no adelanta prácticas pendientes de la carrera ni estudia para ningún examen. Se centra en su verdadero trabajo.

Lázaro comprueba que el sistema de videovigilancia del lujoso chalet deja mucho que desear. Comprende que su papel es, fundamentalmente, disuasorio.

Aquello es algo que siempre le ha llamado la atención. Lujosas viviendas de cientos de miles de euros (cuando no millones) protegidas por deficientes sistemas de seguridad.

Lázaro se sienta ante el ordenador de Marta. Con tan solo ver la capa de polvo que recubre la torre, el monitor y el teclado, intuye que la señora no está muy puesta en temas de informática.

-¿Las cámaras de seguridad cuentan con un sistema de aviso a la policía?
-le pregunta.

Lázaro cree conocer la respuesta, pero aun así prefiere escucharlo de su propia boca.

-Que yo sepa no.

-Señora, cualquier sistema de cámaras de vigilancia genera una vigilancia pasiva -le informa, mientras el PC se inicia-. Esa vigilancia pasiva necesita ser complementada por una vigilancia activa. ¿Lo entiende?

Marta abre ligeramente los ojos, tal vez mostrando cierto asombro o, tal vez, cierta incomprensión. Tal vez mostrara ambas cosas al mismo tiempo. Quién sabe. La señora es muy reservada.

-Lo que quiero decirle es que su sistema de videovigilancia, ahora mismo, no tiene ningún sentido. -Lázaro no quiere ser duro con Marta, pero considera que es su obligación alertarla de aquello-. No sirve para nada grabar imágenes si no se cuenta con vigilantes de seguridad que las revisen y actúen.

-Lo entiendo, Inspector -le dice-. Tomaré cartas en el asunto... ¡Mire, ya ha arrancado!

Lázaro agarra el mouse y desliza el puntero a lo largo del escritorio. Está plagado de accesos directos, fundamentalmente de documentos de Microsoft Word.

-¿Dónde puedo acceder al menú de grabaciones del equipo?

Marta vuelve a mirarlo con aquella expresión tan difícil de descifrar.

-Si le soy sincera, Inspector, no sé mucho de ordenadores... Esas cosas las llevaba mi ex marido.

La mujer baja el tono de voz y desvía la mirada al decir “mi ex marido”. Lázaro no le pregunta al respecto, pero toma nota mentalmente.

El ex Inspector Jefe escribe en el cajón de búsqueda la palabra VIODEVIGILANCIA e inmediatamente aparecen varios resultados. Uno de ellos es un acceso directo.

-¡Lo he encontrado! –le dice-. Echemos un vistazo.

Marta se sitúa a una prudente distancia de Lázaro, como si temiera aproximarse demasiado a la pantalla del ordenador, y observa con atención.

Lázaro navega a través de una intuitiva interfaz y selecciona la pestaña DÍAS. Aquí aparecen las grabaciones correspondientes a los últimos 30 días. Lázaro imagina que las nuevas grabaciones se sobrescriben a las últimas del ciclo.

-¿A qué estamos hoy?

Lázaro dejó en casa su reloj y móvil. Al salir aquella mañana de su dúplex, no pensó que los pudiera necesitar.

-Hoy es tres de junio.

Lázaro, convencido de que la ventana del dormitorio de Valentina fue rota durante la madrugada, hace clic en DÍA 3.

Aparece una ventana emergente en la que se indica que se seleccionen las cámaras deseadas. Visto lo visto, Lázaro no se molesta en preguntarle a Marta si sabe el número asignado a cada cámara. Para no fallar, las selecciona todas y pincha en ACEPTAR.

A continuación, una nueva ventana flotante aparece y en ella pueden verse todos los tramos de grabaciones divididos por bloques de una hora. Viendo la imagen previa, Lázaro cree que la cámara tres es la que más información puede ofrecer. Tiene un ángulo de visión amplio que abarca el malus, un fragmento de la piscina y, lo más importante, la ventana de Valentina.

-Marta, ¿puede decirme cuándo se percató de que la ventana del dormitorio de su hija estaba rota?

-Lo vi esta misma mañana.

-Y está segura de que la rompieron durante la madrugada, ¿no?

Marta asiente.

-¿Escuchó algo?

La interpelada da un pasito hacia el ex Inspector Jefe.

-Escuché algo mientras dormía... pero no le di importancia. Pensé que era el camión de la basura.

-¿A qué hora se fue a dormir?

-A eso de la una de la mañana... Suelo quedarme dormida viendo la tele en el sofá hasta esa hora.

Lázaro selecciona el bloque de vídeo comprendido entre las 02:00 y las 03:00. Sospecha que el maleante conoce los hábitos de Marta y aguardó fuera hasta estar seguro de que la propietaria estaba dormida.

Se activa la reproducción.

Para Ismael, la caza acaba de comenzar.

Tiene gran destreza con el teclado del ordenador: más de 400 pulsaciones por minuto con un elevado índice de precisión. Sus dedos se deslizan con asombrosa rapidez por entre las teclas. Más que rozarlas, parece acariciarlas.

Está chateando con GOTI-K. La conversación es la siguiente:

 H SUPERRMAN: K ganas de vert en persona.

 H GOTI-K: Yo tb kiero star contigo. Me muero deganas.

 H SUPERRMAN: K ganas de akariciart y besart. No puedo aguantar!!!

 H GOTI-K: Mñna cogo el tren!!!!

A aquellas alturas, Ismael está insensibilizado a las faltas ortográficas. Al igual que hace con las asignaturas suspensas de la carrera, aquellos errores son conscientes y deliberados. Los comete con la única intención de empatizar con Cintia (el nombre real de la joven de 17 años que se escuda tras el ridículo nombre de usuario GOTI-K). Aquella puta analfabeta no sabe escribir e Ismael no quiere ahuyentarla con su cuidado léxico.

-Si quiere mierda, le daré mierda –piensa.

 H SUPERRMAN: K viemmmmm! A k ora boi a recojerte????

Tras ver el modo en que acaba de escribir su último chat, Ismael comienza a reírse a carcajadas, pero rápidamente para. No quiere llamar la atención de los estudiantes residentes en las habitaciones 2-17 y 2-19.

 H GOTI-K: Yegare alas 10 de la mñn. Pero no s lo he dixo a mis padrs.

 H SUPERRMAN: Noooooooooooooo!!!!!!! No les comenten nada.

Rápidamente, Ismael se lamenta por lo escrito. “Comentes” no es la palabra que utilizaría un puñetero garrulo. Un semianalfabeto, un analfabeto

funcional como GOTI-K hubiera dicho “No les digas na” o, simplemente, hubiera empleado la onomatopeya “Sssssssssshh”, aunque seguramente ni tan siquiera tendría la decencia de poner la H final tras las eses.

-*Tranquilízate, Ismael* –se dice, obligándose a levantar las manos del teclado-. *No cometas más estupideces.*

 H GOTI-K: No les dire ni mu. Ya se k s nuestro secret!!!!!!
 H SUPERRMAN: Siiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii
 H GOTI-K: Tengo muuuuxas gans de vesart, carino.
 H SUPERRMAN: Y yooooooooooooo!!!!!!!

Ismael abre el último cajón de su escritorio, el único que tiene llave de seguridad. Debajo del montón de carpetas y papeles en sucio está el objeto. Lo acaricia.

 H SUPERRMAN: Sabs k te he comprado una sorpresa????
 H GOTI-K: K dicsss, n seriooo???
 H SUPERRMAN: Siiiiiiiiiii!!! Y es solo para ti, preciosa!
 H GOTI-K: yo tb teng una sorpresa parati

En la pantalla del portátil aparece una imagen. Es ropa interior femenina: un sujetador negro preformado con foam y un tanga negro con encaje floral.

 H SUPERRMAN: K kalient m stoy poniendo.

Obviamente, Ismael le está mintiendo. Pero aquella gótica idiota no podría diferenciar una mentira aunque quisiera. A Ismael no le excita ver un trozo de tela. Tiene otros gustos...

La calidad de la imagen deja mucho que desear. Las cámaras de videovigilancia son antiguas, sin conexión IP, sin calentadores para reducir el vaho y muchísimo menos, tecnología HDCVI de 1080p de resolución.

En otras palabras: al reproducir la grabación, Lázaro se encuentra con un vídeo de pésima calidad. No puede hacer zoom porque la imagen se pixela.

-¿Cuánto tiempo tienen estas cámaras? –le pregunta a Marta.

La mujer, que acaba de encender su segundo cigarrillo, inhala una calada.

-No lo sé... Pero más de cinco años, seguro.

Lázaro se contenta con lo que tiene. Esfuerza la vista para intentar distinguir algo sospechoso en la pantalla del ordenador, pero todo está orden. Las hojas del malus se balancean con solemnidad y la porción de la piscina captada por la cámara número tres muestra un agua inmóvil, serena como un espejo. El único fragmento visible de la valla del jardín queda en la parte superior de la imagen. Se ve poco, pero es suficiente como para comprobar que todo está despejado. De no ser por el tímido movimiento de las hojas del árbol, aquello parecería una imagen fija más que un vídeo.

Lázaro comprende que probablemente, el maleante haya entrado en otra franja horaria distinta a la seleccionada: 02:00 - 03:00.

Tal vez hubiera saltado por la valla más tarde, o puede que lo hiciera más temprano, o puede que no fuera captado por la cámara tres sino por cualquiera de las otras cuatro. O puede que Marta no tenga razón y el sonido que escuchó la noche pasada fuera simplemente, como creyó en un principio, el camión de la basura. E incluso Lázaro comienza a pensar que la ventana del dormitorio de Valentina puede llevar rota varios días. Al fin y al cabo, que Marta la haya encontrado rota esta mañana no es motivo para pensar que el incidente se tenga que haber producido durante la madrugada.

¿Qué hubiera pasado si durante la noche no hubiera escuchado ese sonido, a su juicio, sospechoso? Por seguro, ahora mismo no estarían ahí. La ventana continuaría rota y ni se habría dado cuenta.

Además, Lázaro está bastante convencido de que Marta no frecuenta con

asiduidad la habitación de su hija.

-Por Dios –piensa, haciendo memoria-, pero si hasta tenía la mochila de Valentina en la silla del escritorio.

Lázaro recuerda otro detalle: Marta, en ningún momento, se atrevió a flanquear el marco de la entrada. Era obvio que el simple hecho de abrir la puerta fue terriblemente doloroso.

Lázaro, aburrido y exasperado de ver las hojas del malus, está a punto de pedirle a Marta que le proporcione un USB para exportar las grabaciones y analizarlas en casa con detenimiento. Sabe que es una labor que puede llevar muchas hor...

-¡Ahí! ¡Ahí! –Marta estampa el dedo índice contra la pantalla del ordenador-. ¡Ahí está!

Lázaro apenas da crédito a lo que ve: una sombra trepa por la valla del jardín. Marta y el ex Inspector Jefe intercambian una mirada de asombro y, sin mediar palabra, se aproximan al monitor.

El maleante trepa por la valla del jardín con agilidad felina y se lanza hacia el interior de la propiedad de un salto. Lázaro se sorprende por el modo en que el sujeto rueda por el césped al caer, en lo que parece ser un intento por amortiguar el impacto.

Marta, a su lado, enciende su tercer cigarrillo. Está nerviosa. Lázaro escucha su respiración agitada.

Vuelve a centrarse en la grabación.

El intruso se dirige directamente al malus y trepa por él. Lázaro, tal y como temía, comprueba que lleva el rostro cubierto. El sujeto se afianza en la primera rama del árbol y abre su mochila. De su interior extrae un objeto pequeño (sin duda, la piedra que ya ha examinado) y lo arroja contra el cristal de la habitación de Valentina.

Tras aquello, simplemente, desaparece igual que ha venido: cierra la mochila, desciende del árbol y se dirige con tranquilidad hacia la valla de la propiedad. Trepa por las rejas y acaba por desaparecer del campo de visión de la cámara número tres.

-Increíble –el ex Inspector Jefe detiene la grabación y se gira hacia Marta. La mujer fuma como una carretera.

-¡Es él! –le dice-. Es él, Inspector... ¡Lo tenemos! ¡Lo hemos pillado!

Lázaro aprieta los labios. Sabe que lo que está a punto de comunicarle no le va a gustar.

-Marta, ¿ha visto que el sujeto llevaba la cara tapada con un pasamontañas?

La mujer asiente. Pensativa, da una calada.

-No puede decirse que lo hayamos pillado, pero sí puedo extraer información valiosa.

Marta lo mira, esperanzada. Agarra el cenicero que descansa junto al teclado del ordenador y retuerce la colilla con saña.

-¿Qué puede decir, Lázaro? –le pregunta con impaciencia-. ¿Qué información puede sacar?

-Ahora mismo son solo conjeturas, necesito analizar con más detenimiento todo el material de las cámaras de seguridad... Estoy seguro de que las otras cámaras han captado algo que puede resultar revelador.

-¿Qué puede decirme ahora? –le insiste-. ¿Qué le dice su instinto?

-Como le he dicho, son solo hipótesis, pero estoy bastante convencido de que se trata de alguien joven... Por la facilidad con la que ha saltado la valla y trepado el árbol, diría que no tiene más de 35 años.

Marta, al escucharlo, sonríe. Su piel se pliega con dificultad, como si hubiera perdido la costumbre.

-Probablemente sea un hombre... Aunque no puedo estar seguro. –Lázaro traga saliva-. De lo que sí estoy seguro es que esta persona conocía su propiedad, conocía a su hija y, por seguro, la conoce a usted.

La mujer cambia el peso de su cuerpo de un pie a otro. Se la ve incómoda.

-¿Se ha fijado en el modo en que se ha dirigido al árbol?

-No entiendo a qué se refiere.

Lázaro sitúa el puntero del mouse en 7'36'', justo cuando la imagen previa del reproductor capta al intruso.

-Fíjese con atención –le pide, pulsando la barra de espacio para dar inicio a la reproducción.

Por segunda vez, ven cómo la figura del desconocido trepa por la valla y se dirige al malus.

-¿Lo ve ahora? –Lázaro se encuentra como pez en el agua. La adrenalina comienza a recorrerle el cuerpo como en los viejos tiempos.

-No veo nada.

-Marta, ¿qué es lo que ha hecho este individuo nada más traspasar la valla?

-Pues... ¿ir a subirse a mi árbol?

-¡Exacto! –Lázaro chasquea los dedos-. En ningún momento mira a un lado o al otro para asegurarse de que nadie lo observa, en ningún momento parece dudar hacia dónde ir. Eso indica que lo tenía todo estudiado... Marta, voy a serle completamente sincero, ¿de acuerdo? –Lázaro ha de prevenirla. Es lo menos que puede hacer por semejante sueldo-. Creo que esta persona, sea quien sea, lleva merodeado en torno a su chalet desde hace tiempo. Lleva estudiándola a usted días... puede que semanas.

Marta se lleva la mano al pecho y deja escapar un gritito. Su rostro palidece.

-Puede que incluso se haya cruzado con él por la calle.

-¡Oh, Dios!

-¿Ha visto últimamente a alguien por el barrio que, de algún modo, haya llamado su atención?

Marta se da unos toquecitos en la frente, dubitativa.

-No sé...

-Probablemente sea alguien que pase desapercibido –le informa Lázaro, a fin de darle más pistas-. Tal vez pase en coche o puede que en bicicleta.

-¿Y andando? –Marta parece tener algo en mente.

-Una persona andando sola de forma reiterada en torno a su chalet sería algo sospechoso, a no ser que tenga una excusa para estar solo, como por ejemplo...

-¡Un perro! ¡Oh, Dios, Lázaro! ¡Ya sé quién ha sido!

El ex Inspector Jefe mantiene la cautela.

-Es ese vecino raro... El que vive un par de manzanas más abajo... Todos los días pasea a su perro por aquí.

Lázaro detesta no tener ningún bloc de notas. Tampoco quiere pedirle un folio a Marta porque eso, según su juicio, daría una imagen profesional pésima. Una vez más, confía en su buena memoria.

-¿Cuántos años tiene ese vecino suyo?

Marta comienza a morderse las uñas. La idea de que el posible asesino de su hija viva tan cerca de ella le repugna hasta la médula.

-Puede que unos cuarenta.

-Y ese vecino, ¿conocía a su hija?

-Que yo sepa, no.

Lázaro se reserva su opinión. Aquello no tiene sentido. La pixelada silueta captada por las cámaras de vigilancia pertenece a alguien que, de algún modo, tenía y sigue teniendo una fuerte conexión con Valentina. Alguien sin contacto previo con la joven fallecida no se tomaría tantas molestias por apedrear su ventana.

-Lo investigaré –da por toda explicación-. Preguntaré a los demás vecinos de su vecindario. Puede que alguno haya visto algo.

Marta, en una efusiva muestra de afecto que Lázaro no vio venir, le planta un beso en la frente.

-Es usted un ángel, Inspector.

Ismael arde en deseos de tener frente a sus narices a GOTI-K. Esa niñata se va a llevar la mayor sorpresa de su miserable vida. Con tan solo pensarlo...

Pero sus actos de los últimos días lo persiguen continuamente como una plomiza sombra. En la habitación 2-18 de la residencia de estudiantes, Ismael se tumba en la cama. Eso lo ayuda a pensar.

-No pueden dar conmigo –piensa-. Es imposible.

Había tomado precauciones. Vaya si lo hizo. Las cámaras de seguridad no revelarían una mierda, tan solo a un individuo de estatura media, como el grosso de la población. Aquello y nada era lo mismo. Por otra parte, la piedra empleada es la más común de la zona. No localizarían huellas en ella. Tampoco hallarían ningún pelo suyo. Se había afeitado el cuerpo entero concienzudamente (incluido el minúsculo vello de sus dedos) y usado bajo el pasamontañas una redecilla para el cabello y un gorro de látex de piscina.

-Aun así fue muy arriesgado. –Hunde el rostro en el almohadón-. El riesgo no merecía la pena.

Dudó en no hacerlo, pero supo que no tenía elección. No había recibido reconocimiento alguno por sus actos. Nada. Ni tan siquiera una mísera mención en el puto periódico local.

-Con todo lo que trabajé en ello –se lamenta.

Sabe que su actuación fue impecable y profesional como la que más y aquello no hace sino aumentar su frustración. Siente que le han robado su mérito y esfuerzo.

-Pero lo de mañana será mejor –se consuela-. Cuando lo haga, mi obra saldrá hasta en el jodido telediario... Todo el mundo verá de lo que soy capaz.

Marta lleva a Lázaro de vuelta a casa. El imponente Audi S5 va hasta los topes. Lázaro se lleva material de trabajo. Además de unos cuantos DVD con las grabaciones del sistema de videovigilancia, ha logrado convencer a Marta para introducir en cajas las numerosas pertenencias de Valentina. La mujer se opuso en un principio fuertemente, pues el dormitorio de su hija continuaba tal y como lo había dejado la joven. Estaba todo intacto, de modo que lo que él solicitaba constituía, a sus ojos, un atentado al recuerdo de su pequeña.

Pero pronto entró en razón. Comprendió que, para avanzar en la investigación, era preciso profundizar en la intimidad de su hija, conocerla a fondo hasta el punto de recrear sus últimos días. Eso podría revelar información hasta ahora oculta.

Ahora es Marta la que ayuda a Lázaro a introducir las cajas en su modesto dúplex. La señora no hace ningún comentario sobre el olor que impregna la vivienda. De hecho, incluso ignora el modo en que aquel gato negro relame la lata de comida encima de la mesa.

-¡Avíseme cuando sepa algo! –le dice, tras depositar en el pasillo de la entrada la última caja.

-Descuide.

-Inspector... En relación a mi vecino... A ese que le he dicho que es tan raro...

-No se preocupe por nada, Marta –Lázaro le dedica una afable sonrisa-. Yo me encargo de todo. Usted haga su vida normal, no tema. Tengo su número de teléfono, en cuanto sepa algo, la llamaré inmediatamente.

-¿Qué hará ahora?

A Lázaro no le gusta dar explicaciones relativas a su método de trabajo, pero como ya no pertenece al cuerpo y aquello es una investigación a título personal, no ve razón para tanto ocultismo.

-De momento, comenzaré a revisar todo este material. Empezaré esta misma noche.

Marta le planta otro beso, esta vez, en su mejilla.

-Gracias por todo lo que está haciendo. Se lo agradezco de veras.

La mujer se da media vuelta y, taconeando el asfalto, se dirige a su vehículo. Lázaro escucha el ronroneo del motor y, poco después, cómo desaparece calle abajo.

Cierra la puerta de la calle y mira a Bucéfalo. Le enseña el sobre con todo el dinero que ha conseguido.

-¡Ya puedo comprarte pienso! –Y comienza a reír.

Y, de repente, cae en la cuenta. Sin saber cómo, ha perdido el miedo a AHÍ-FUERA. Todas sus ideas conspiradoras, todos sus pensamientos sobre las miradas acusadoras tras su espalda y sobre los comentarios que harían de él cuando lo vieran por la calle, ahora, simplemente, se le antojan ridículos.

Recuerda a la camarera del café y el modo en que lo había mirado aquella mañana.

-*No me reconoció* –piensa, creyendo que aquello sucedió hace ya una eternidad-. *No me reconoció.*

Quince años son muchos años. Y él también ha cambiado. El gimnasio de la prisión le ha dado unas espaldas más anchas y, sin duda, un aspecto más fiero. Su nuevo tatuaje penitenciario a la altura del pecho (y que asoma ligeramente por su cuello) supone un elemento distractor que oculta su auténtica identidad.

Lázaro abre la ventana. La luz de la tarde invade su hogar. Hasta Bucéfalo parece extrañado al ver los haces de luz.

-Tengo que limpiar esta pocilga –se sincera con el felino-. Pero antes he de hacer algo.

Lázaro le ha mentido a Marta. Le dijo a la mujer que pasaría la tarde-noche investigando las pertenencias de Valentina, pero no tiene la menor intención de perder ni un segundo en eso. Al menos, no por el momento.

Lázaro se dirige al garaje de su dúplex. Bucéfalo lo sigue, frotándose de cuando en cuando contra las pantorrillas de su dueño.

-Aquí estás. -Lázaro toma al felino entre sus brazos y comienza a acariciarlo-. Mira, este es mi coche.

El gato comienza a ronronear. Lleva poco tiempo conviviendo con él, pero Lázaro ha descubierto que tiene una especial debilidad por la zona situada tras las orejas.

-Antes lo conducía todos los días... Espero que arranque.

El vehículo es un Volkswagen Corrado, un coupé Hatchback de tres puertas con una bonita carrocería roja. En su momento fue uno de los mejores del mercado, pero ahora se ve anticuado y desfasado.

Lázaro suelta a Bucéfalo y abre la puerta del conductor. El gato lo observa mientras se lame las orejas, justo donde lo ha acariciado con tanta efusividad. Lázaro se sienta, agarra el volante y cierra los ojos, invadido por infinidad de recuerdos.

Pisa el embrague, pone el punto muerto y gira las llaves del contacto. El motor no responde. Emite un sonido jadeante, como si tuviera asma, pero no arranca. Lázaro pisa el acelerador.

-Vamos, Corri -le dice, utilizando el nombre con el que su antigua novia lo bautizó-, no me falles... ¡Arranca!

Corri obedece. El sonido del motor se asemeja al ronroneo de Bucéfalo en versión de 1140 kilos.

-¿Lo has visto? -Bucéfalo lo mira y pestañea con parsimonia. Parece bastante más tranquilo que Lázaro-. ¡Lo he conseguido! ¡Corri ha vuelto a la vida!

Son las nueve de la noche y los universitarios abandonan las bibliotecas y salas de estudio para regresar a sus hogares. Ismael lo observa todo desde su ventana. El número de coches estacionados en el descampado-aparcamiento va disminuyendo. Ismael ve su coche: un Seat Ibiza plateado. Está estacionado en el lateral este del improvisado parking. Técnicamente no es su coche, sino de su padre, pero con el tiempo lo ha hecho suyo. Ismael lo ve como un anticipo de su pago. Es lo mínimo que ese cabrón puede hacer por él, en especial si se considera todo lo que le ha hecho...

Ismael aparta el pensamiento de su mente. No quiere darle vueltas al asunto. Bastantes preocupaciones tiene ya como para ir arrastrando traumas de su infancia.

Sabe que tiene que descansar. Para realizar la obra de mañana en óptimas condiciones ha de estar fresco como una rosa. Pero es muy temprano para irse a dormir. Muchos estudiantes están cenando en el comedor o en los bares próximos a la residencia. Hay demasiado alboroto.

-Me da tiempo... Solo una vuelta rápida...

Lázaro se dirige con su Volkswagen Corrado hacia el lujoso barrio de la periferia en el que reside Marta.

Hay algo que no le dijo a la señora. Algo que se reservó para sí:

-Es bastante probable que el maleante se dé una vuelta por la zona.

Por experiencia, Lázaro sabe que hay delincuentes que, tras cometer una ilegalidad, no vuelven a pisar el lugar de los hechos durante un buen tiempo. Pero Lázaro también sabe que hay otros delincuentes (un grupo de personas, por lo general, mucho más peligroso que el primero) que sienten el impulso incontrolable de volver una y otra al lugar de sus actos.

Si está en lo cierto, el malnacido captado por las cámaras de seguridad pertenece al segundo grupo.

Lázaro pisa el embrague y mete tercera. El sonido del motor se apacigua y el velocímetro muestra 50 Km/h. Recuerda el modo en que el sujeto bajó del malus y se dirigió a la valla tras romper el cristal.

-Con completa tranquilidad... Andando como si no hubiera pasado nada.

No puede establecer una relación vinculante, pero aquello lo induce a pensar que aquella persona es lo suficientemente fría como para dejarse caer de nuevo por allí.

-Además, querrá comprobar la repercusión de su fechoría. Querrá saber si ha causado el efecto esperado.

Si en realidad aquella persona acosó y condujo a Valentina al suicidio, tal y como su madre mantenía, se puede decir que el maleante es un despechado. Sin duda, esperaba cierto eco de sus actos, pero no obtuvo nada.

-Un simple suicidio. Ningún indicio de sospecha.

Si todo aquello era cierto, aquel sujeto ardería en deseos de comprobar si la pedrada contra la ventana ha causado algún impacto o si, al igual que en la ocasión anterior, ha sido ignorada.

-No podrá resistirse... Se dejará caer por aquí... Estoy seguro.

Lázaro aparca a Corri a una distancia prudente del chalet de Marta. Consulta su reloj (esta vez ha salido de casa provisto con un mini-bloc, un

bolígrafo y su móvil). Son las 21.24 h.

Se encamina hacia el chalet. Todo parece en orden. Se cruza con un par de mujeres que hacen footing y con un octogenario que pasea a su pastor alemán. El anciano lo mira con cierta reticencia. Lázaro está convencido de que el tatuaje que le asciende por el cuello no contribuye a crear una buena impresión de sí. No obstante, el señor termina por saludarlo con una leve inclinación de cabeza. Lázaro le devuelve el saludo. Al otro lado de la calzada una chica regresa a casa cargada con una mochila. Es joven. Probablemente, de la misma edad que Valentina. Lázaro la observa dirigirse a la que supone, es su casa. Se lleva la mano al bolsillo de la camiseta y extrae su minibloc. Apunta la dirección de la vivienda y, abajo:

¿AMIGA DE VALENTINA?

En ningún momento Marta le comentó nada sobre las amistades de su hija. Se mostró muy reservada al respecto.

El ex Inspector Jefe contempla el chalet de Marta al otro lado del arcén. Es una lujosa vivienda, pero el resto de propiedades de la zona no tienen nada que envidiarle. Es un opulento y tranquilo barrio.

Un coche. Lázaro se gira y observa. Se dirige calle arriba. Puede que sea algún vecino que ha finalizado su jornada laboral y regresa a casa. Lázaro se percata de que no lleva las luces encendidas. La penumbra posibilita aún, y por pocos minutos, conducir sin la luz de los focos.

Lázaro se planta en la acera opuesta al chalet de Marta y, sin nada mejor en lo que centrarse, se fija en el coche. Es un Seat Ibiza color plata. Uno de los coches más populares entre los jóvenes. No le sorprende que el que lo conduzca sea un joven. Es delgado y moreno. Va bien peinado. Se ve que es de buena familia. El joven conduce con la ventanilla baja y al llegar a la altura del chalet de Marta disminuye imperceptiblemente la velocidad. Lázaro frunce el ceño. ¿Está mirando ese chico a la casa de Marta? Si lo hace, es solo durante un segundo, pues rápidamente desvía la mirada hacia Lázaro.

El ex Inspector Jefe lo observa fijamente. El joven pisa el acelerador.

El corazón de Ismael está desbocado. Siente las palpitaciones en sus sienes.

Aparca el Seat Ibiza en el descampado, entre otros dos vehículos, y se dirige hacia la habitación 2-18. Apenas puede controlarse. Tiene ganas de llorar, de golpearse la cabeza contra la pared hasta perder el conocimiento, de clavarse un cuchillo en el brazo a modo de castigo por su ingente estupidez.

Ismael sube las escaleras con la cabeza gacha. Comienza a llorar. Da gracias a Dios por no cruzarse con ningún otro estudiante. Una vez dentro de su habitación, cierra la puerta con doble pestillo de seguridad y, por si acaso, empuja su cama un par de metros de tal modo que el ángulo de apertura de la puerta queda obstruido.

Se desgarró la camisa. El torrente de lágrimas resbala por sus mejillas. Se quita los pantalones y los slips. Se queda desnudo, tal y como vino a este repugnante mundo. Comienza a golpearse. Aun estando fuera de control, se da los golpes en sitios que puedan ocultarse bajo prendas de vestir. No es tan idiota como para golpearse en la cara (aunque nada desearía más). Forma un puño con su mano izquierda y se golpea en el pecho, en el hombro, en las rodillas, en el pene... Sus golpes son fuertes. Quiere gritar de dolor cada vez que se embiste.

-Idiota –piensa con cada sacudida-, imbécil, bastardo, idiota hasta la médula.

Cuando acaba aterido por el dolor, Ismael se tumba en el suelo. No se merece acostarse en la cama. El suelo es un lugar más apropiado para los idiotas de su calaña.

Se lamenta por las estupideces cometidas. No solo una, sino dos. Y lo peor es que las dos se han sucedido en menos de 24 horas.

Antes de montar en su coche sabía que dar una vuelta por el ostentoso barrio de Marta no era algo sensato. Estarían buscando al responsable de la fechoría. Pero lo hizo. Se convenció a sí mismo diciéndose que aquello era algo que ya había hecho en infinidad de ocasiones. Que una vez más no

tendría importancia...

-¡Idiota! –chilla.

Tumbado en el suelo, se golpea la cabeza contra el parqué de la sala. Una vez, dos, tres...

-¡Idiota!

Se lleva las manos a la boca y se obliga a guardar silencio. Pero se las muerde. Se muerde los dedos y siente el sabor de su sangre danzarle en la lengua.

Mañana tendrá el cuerpo lleno de moretones. Pero le importa una mierda.

Ya no puede jactarse de calculador. Ya no puede decirse que sea frío y preventivo. Su comportamiento ha sido el de un barriobajero.

Esta vez se golpea en los testículos. El impacto es brutal y se retuerce de dolor. Adopta una postura fetal.

Aquel hombre... Aquel hombre le ha visto. Y hay algo en él que lo estremece más que el dolor que lo recorre. Ese tipo, el modo en que lo ha mirado...

Ismael tiembla en el suelo. Se estremece de terror.

-No tendría que haber pisado el acelerador –susurra-. Tendría que haber pasado de largo como si nada. Mi comportamiento ha sido el de un sospechoso.

Y lo sabe. De haberle mantenido la mirada a aquel tipo, o incluso de haberlo saludado, no se estaría castigado de aquel modo. Al fin y al cabo, ¿acaso uno no puede conducir por donde le venga en gana? ¿Acaso las carreteras no son de dominio público?

Ismael se jura no volver a cometer más estupideces. Promete no volver a merodear por el chalet de la madre de Valentina.

-Me centraré en mi nueva obra –piensa, sintiendo cómo sus extremidades pierden tensión-. Iré a clase, me presentaré a los exámenes de este cuatrimestre, haré vida normal y nadie sospechará. Si alguien me pregunta qué hacía por ese barrio, diré que daba una vuelta, que necesitaba tomar un poco de aire fresco tras tantas horas de estudio...

Aquello lo convence. No del todo, pero sí en parte.

No más meteduras de patas.

Ismael piensa en todas las precauciones que tomó con Valentina y ahora, con GOTI-K. Todo puede irse al traste por una estupidez.

Ismael levanta la cabeza y vuelve a golpear el cogote contra el pavimento.

DÍA 2

Lázaro adecenta su dúplex. El olor a rancio ha desaparecido, al igual que las latas de comida esparcidas por doquier, la ropa sucia de debajo del sofá y la pirámide de latas de cerveza estrujadas del rincón de la sala de estar.

Apenas reconoce su vivienda. A Bucéfalo parece gustarle la limpieza: ahora toma el sol en el alféizar de la ventana. La brisa de la mañana airea el interior de la casa. Lázaro, además, ya no anda en calzoncillos ni bebe más cerveza. Sabe que tiene que empezar a cuidarse. De seguir consumiendo alcohol al ritmo con el que lo había hecho las últimas semanas, acabaría con problemas. Además, sus logrados bíceps y tableta abdominal conseguidos en el gimnasio corrían peligro de desaparecer con tanta comida basura. Lázaro no piensa decirle adiós a su logro físico. Dejando a un lado el horrible tatuaje de serpiente que reptaba desde su pezón izquierdo hasta el cuello, su buena forma física es el único recuerdo que conservaba de prisión. Y eso es bueno. A sus 49 años, nunca ha gozado de tan buena forma.

Además, Lázaro tiene intención de apuntarse al gimnasio, pero eso será cuando termine con el que ya ha comenzado a denominar "*Expediente Valentina*". De momento se conforma con una sencilla rutina de abdominales, flexiones y sentadillas.

Por otra parte, el dinero de Marta ha dado mucho de sí. A primera de hora de la mañana fue al supermercado. Ha comprado packs de agua mineral en sustitución de la cerveza y comida más sana: manzanas, plátanos, pechuga para hacer a la plancha, aceite, tomates, pan integral y también pienso para Bucéfalo. Por lo visto, el gato estaba harto de tanta ternera en salsa. Se ha comido los dos cuencos de pienso que Lázaro le puso.

-Poco a poco vuelvo a ser el de siempre –piensa.

Lázaro, tras echar un último vistazo a la sala de estar, se dirige escaleras arriba. Se ha instalado en su antiguo despacho. Es una habitación pequeña pero fresca y cómoda. Allí tiene todo cuanto necesita: un escritorio, una estantería y su ordenador de sobremesa. Ya ha guardado allí todas las cajas con las pertenencias de Valentina. Las cajas forman una hilera, pegadas a la pared.

Lázaro corre la ventana para que entre el aire y se deja caer en su silla giratoria. Antes de comenzar a indagar entre las pertenencias de la joven fallecida, abre el blog de notas y escribe:

21.37 h. del 3 de junio
¡¡SEAT IBIZA PLATEADO!!

Desconoce su matrícula pues, antes de tener ocasión de leerla, el vehículo desapareció calle abajo.

No deja de darle vueltas a lo de ayer. El chico del vehículo, ¿por qué salió despavorido en cuanto lo vio? ¿Había realmente ralentizado la velocidad al pasar por el chalet de Marta? ¿Había sido simple casualidad que desviara la mirada hacia la propiedad?

Lázaro lo duda, aunque no puede determinar que aquel joven fuera el individuo de la grabación de seguridad.

A continuación, con trazos rápidos y seguros anota:

PREGUNTAR A LOS VECINOS
¿Tiene alguien un Seat Ibiza plateado?

El Seat Ibiza es un buen coche, pero es un vehículo que puede conseguirse por menos de 10.000€. Por el contrario, el Audi S5 Sportback de Marta cuesta más de 80.000€ (y eso sin ningún extra). La diferencia económica no es nada sutil. Lázaro sospecha que el resto de coches del vecindario son de una gama similar al de Marta.

Lázaro sigue anotando ideas en su bloc.

¿¿Y EL PADRE??

No le preguntó nada a Marta al respecto, pues estimó que el padre de Valentina no tenía nada que ver ni con el suicidio de su hija ni con el incidente de la ventana. No obstante, es evidente que quien rompió la ventana de su dormitorio lo hizo por motivos personales. ¿Y quién puede tener más motivos para hacer sufrir a Marta de aquel modo que un ex marido movido por los celos y el odio hacia su antigua pareja?

Lázaro continúa con su lluvia de ideas:

¿¿VECINO RARO??
Visto con frecuencia

Ese es otro asunto del que debe ocuparse. Pero lo hará más adelante. El “vecino raro”, tal y como Marta lo denominó, es lo que menos le preocupa ahora mismo.

Llegado a este punto, Lázaro se queda sin ideas. Cierra el bloc y lo guarda en el primer cajón del escritorio. Necesita material nuevo y sabe cuál es su

siguiente paso. Se gira hacia las cajas. Con un poco de suerte, en su interior puede ocultarse la siguiente pista.

Ismael se prepara.

En poco más de 30 minutos ha de recoger a Cintia en la estación de tren. Aquella niñata gótica espera que su amado SUPERRMAN sea tan gótico como ella. Por supuesto, Cintia no tiene ni idea de lo que supone ser gótico pues, si la tuviera, sabría que ella no encajaría en esa cultura *underground* ni aunque quisiera.

Según se informó por Internet, los góticos son personas con inclinaciones culturales influenciadas en la literatura y el cine de terror. Con tan solo pensarlo, Ismael se ríe.

-Inclinaciones culturales...

Es obvio, tal y como se intuye a través de su penosa redacción, que GOTI-K no tiene inclinación hacia la cultura. Es más que probable que no sepa quién es Mary Shelly, Roman Polanski ni qué coño significa BDSM.

Cintia es, simplemente, una maldita niña de papá, idiota, superficial y llena de estereotipos cogidos de aquí y de allá. Cuando le envió una foto suya hará ya más de una semana, Ismael la captó enseguida.

-Se autodenomina gótica porque viste de oscuro, se pinta los labios de azul y utiliza medias de puta barata.

Pero además de aquello, a Cintia le gusta tontear con lo oscuro, con el más allá. Y aquello fue lo que le atrajo: una cría que se cree oscura porque bebe agua mineral en una taza con forma de calavera.

-Pero hoy le enseñaré... Hoy aprenderá lo que es la oscuridad.

Ismael no se encuentra en plenas facultades. La autopaliza de la noche pasada le ha dejado numerosos hematomas. Se ha tenido que vendar la mano izquierda (esa que se mordió en un intento por silenciarse). Y por si fuera poco, tiene un considerable bulto en la parte occipital del cráneo (causado por los reiterados golpes contra el suelo de la habitación).

No obstante, aquello no le preocupa. Conociendo a GOTI-K, está convencido de que eso la pondrá cachonda. La muy bastarda verá sus heridas como algo gótico.

Ismael revisa por última vez la bolsa. Comprueba que no olvida nada.
Antes de abandonar la habitación 2-18, se palpa el bolsillo trasero.
Ahí está su sorpresa.

Lázaro ve por primera vez a Valentina. Indagando en la primera caja da con una foto oculta en el fondo, sepultada bajo una montaña de objetos. En la imagen aparece Marta con su hija. Lázaro está seguro de que la joven es Valentina porque en la parte posterior está escrita la fecha en que fue tomada:

5 / 8 / 2015

CUMPLE DE VALENTINA

Aquel debió ser su décimo quinto cumpleaños. En la foto, Marta abraza a su hija. La mujer sonríe, a diferencia de la chica. Lázaro se fija en el modo en que posa la adolescente. Tiene los hombros caídos y en su rostro no se adivina el menor indicio de alegría.

Las dos posan en el borde de la piscina. Marta luce su cuidada figura con un bikini Caro Cuore con motivos florales. Valentina, por el contrario, trata de ocultar su grasa corporal en un traje de baño estampado de lunares.

-Marta no comentó nada del sobrepeso de su hija –se dice.

Lázaro observa con más detenimiento la foto. ¿Dónde están sus amigos? ¿Dónde quedan sus compañeros de instituto? El cumpleaños de una adolescente suele celebrarse en compañía de amigos y conocidos.

Lázaro desliza la mirada por los bordes de la imagen, esperando encontrar alguna pierna o, simplemente, alguna sombra que indique que no están solas. Pero no las ve. Y no hay indicios de que haya invitados. El ex Inspector Jefe vuelve a mirar a la joven difunta. Tiene el pelo negro y le cae por los hombros como sin vida, adhiriéndose a su piel tal y como harían unas alargadas sanguijuelas. Se la ve triste. Es más, se la ve abatida.

De haber tenido amigos, algún conocido significativo de su grupo de iguales, por seguro que no posaría con su madre ni esbozaría aquella expresión de profundo pesar.

Lázaro vuelve a coger el bloc. En una hoja nueva que encabeza con el título de VALENTINA, anota lo siguiente:

15.º cumpleaños

¿Dónde están los amigos?

Las sospechas de Marta cada vez ganan más peso. ¿Y si Marta sufría acoso escolar? ¿Y si alguien, en especial, se cebó en ella por el hecho de ser rica o, simplemente, por ser gorda?

Lázaro conoce la crueldad de los jóvenes del instituto. Ya ha tenido casos de bullying que sobrepasaron los límites de la ley. Lázaro deposita la foto de Valentina en la estantería, apoyándola verticalmente contra el lomo de un libro. Así puede ver a la joven fallecida. Eso le dará ánimo para seguir investigando.

A continuación, coge un libro de texto. Es de 3.º de ESO.

-Lengua castellana y Literatura. –lee.

Lázaro comienza a pasar las páginas. Dejando a un lado las indicaciones de las tareas para casa encomendadas por el profesor y algún que otro párrafo subrayado, no hay nada. Pero a Lázaro le interesa más la portada. Tiene una pegatina en el borde inferior derecho y, escrito con rotulador negro:

VALENTINA MARTÍNEZ CUSÓ

3.º ESO – A

IES MIGUEL HERNÁNDEZ

Lázaro anota la clase a la que pertenecía. Si el año pasado cursaba tercer curso de Educación Secundaria Obligatoria, de estar viva, hoy día Valentina haría 4.º curso de ESO. Y más concretamente, en el grupo-clase A.

Lázaro se dispone a hurgar en el contenido de la segunda caja, convencido de que le deparará nuevas sorpresas, pero ya va siendo hora de comer. Consulta su teléfono y comprueba que solo son las 13.05 h. Es demasiado temprano para comer, pero muy tarde ya como para ponerse a indagar entre los objetos de una nueva caja. Prefiere hacer eso tras dormir la siesta y con el estómago lleno. En prisión Lázaro comía una vez pasadas las 14.00 h. y todavía tiene interiorizado su antiguo horario de comidas. No tiene estómago como para comerse su pechuga a la plancha.

Restan 55 minutos hasta las dos del mediodía...

Y de repente, tiene una idea.

-Voy justo de tiempo, pero...

Los chicos salen del instituto a las 14.00 h. ¿Y si se da una discreta vuelta por la salida del IES Miguel Hernández? ¿Y si se acerca y pregunta a alguna joven por Valentina? ¿Y si alguien le proporciona información valiosa?

El tren que ha tomado Cintia llega a la estación a las 13.55 h. GOTI-K ha hecho un viaje de más de 300 kilómetros para encontrarse con SUPERRMAN.

Ismael se ríe. ¿Cómo se puede ser tan infeliz?

Aún quedan más de 20 minutos para su llegada, tiempo de sobra para prepararse. Ismael extrae el contenido de la bolsa que ha depositado en el asiento del copiloto: un pantalón de cuero negro, una ajustada camisa negra de tirantes y unas botas (por supuesto, negras) con más de tres dedos de suela. Con aquel conjunto espera parecer a ojos de Cintia tan gótico y patético como ella... Lo único que le faltan son unos cuantos tatuajes, pero confía en que ese sea un detalle sin importancia.

Ismael odia vestirse como un imbécil, pero lleva chateando con GOTI-K varios meses y, según le hizo creer, él también es gótico, por lo que tienen un montón de cosas en común.

Ismael desliza hacia atrás el asiento del conductor de su Seat Ibiza. Ha aparcado en el estacionamiento de la estación de tren. Para su suerte, y con el calor que hace a mediodía, no hay nadie cerca que pueda verlo.

Comienza a vestirse.

La función acaba de comenzar.

Lázaro no suele pasar desapercibido. Un hombre de 1.85 metros, tatuado y fuerte llama de un modo u otro la atención. Por esa razón ha tomado precauciones.

Ahora se sitúa a una veintena de metros de la salida del Instituto Miguel Hernández y se ha puesto gafas de sol. Considera bastante improbable que alguien llegue a reconocerlo como el ex Inspector Jefe del Cuerpo Nacional de Policía Lázaro del Río, pero nunca está de más prevenir.

Suena la alarma del instituto, informando que son las dos del mediodía en punto. Se escucha el sonido de sillas y mesas arrastrándose y las conversaciones cada vez más elevadas de los estudiantes. Poco después, la puerta principal se abre y los alumnos salen en tropel. El IES también ofrece enseñanzas profesionales de Grado Medio y de Bachillerato, por lo que la lista de posibles conocidos de Valentina es muy extensa. Lázaro no sabe muy bien qué hace ahí ni qué es lo que se supone que está buscando, pero permanece alerta en busca de “algo” que llame su atención.

Se fija en un grupo de alumnos de más edad que, nada más salir del centro, comienzan a fumar porros. Lázaro detecta el olor a marihuana a la legua. Uno de los jóvenes repara en su presencia y alerta al resto de sus amigos con un movimiento de cabeza nada discreto. Los jóvenes lo miran y, tras concluir que aquel hombre no les causa buenas sensaciones, deciden ir a fumar a otro lugar más tranquilo.

La fila de alumnos parece interminable... Estudiantes de todas las edades abandonan el instituto. Por último, sale un grupo de alumnos que, a juzgar por su edad, debe pertenecer a 3.º o 4.º de ESO.

Lázaro centra su atención en una pandilla de chicas. Todas hablan y bromean con sus amigas... A excepción de una. La joven tiene unos 15 años y, al igual que la difunta Valentina, está bastante entrada en carnes.

Lázaro no puede dejar de apreciar cierto parecido entre ambas: las dos poseen sobrepeso, las dos parecen tristes y las dos están solas. Lázaro la observa con toda la discreción que es capaz. La chica camina con la cabeza

gacha, sin apartar la mirada de la puntera de sus deportivos. Lázaro ve como un grupo de chicas la señalan tras su espalda, murmuran algo y comienzan a reír. La chica se pone colorada, pero no hace el menor asomo de interacción. Por el contrario, apresura el paso y desaparece del instituto.

Una idea le ronda a Lázaro. ¿Y si aquella joven fue, en su tiempo, amiga de Valentina? O si no amiga, al menos alguien con quien tuviera cierta confianza.

En efecto, parecen tener bastante en común... No es una idea tan disparatada.

Lázaro comienza a seguirla. La joven echa a andar por una calle poco transitada. A cada paso que da, la mochila emite un sonido, como si fuera un marcapasos.

Una vez que se han alejado lo suficiente del instituto, Lázaro apresura el paso hasta situarse a su vera.

-Hola –le dice-, ¿conociste a Valentina?

Así es Lázaro. Directo al grano. Sin titubeos ni circunloquios.

La chica se para en seco, sin duda preguntándose de dónde ha salido aquel tipo, quién es y qué es lo que quiera de ella.

-Q...Q-qq-iién ee-er-rres –tartamudea.

Lázaro sabe que la ha asustado. También sabe que no tiene ningún derecho a interrogar a una menor... Aunque claro, técnicamente aquello no es una interrogación, tan solo una conversación esporádica entre dos transeúntes. Por lo que recuerda, aquello no está prohibido.

-Soy un amigo de la madre de Valentina. –Las verdades a medias siempre fueron su especialidad.

-¿De q-qqé Vvalen-ttina?

Lázaro la mira por encima de sus gafas de sol.

-Ya sabes a qué Valentina me refiero.

La chica traga saliva.

-Y-yyo... y-yo nno s-ssé na-nada.

Inmediatamente adopta una postura defensiva. Aquello llama poderosamente su atención.

-¿Eras compañera de Valentina? ¿Ibais a la misma clase?

La chica asiente. Hasta con mover la cabeza parece tartamudear.

-¿Cómo se llevaba Valentina con el resto de sus compañeros?

La chica comienza a andar, pero Lázaro le sigue el paso.

-¿Tenía muchos amigos?

La joven parece a punto de llorar. Aquello no es profesional, pero él tampoco es un profesional del cuerpo, así que no le importa.

-No me creo que no sepas nada –le dice, situándose frente a ella. Le corta el paso-. Cuéntame algo, anda. No te preocupes, no soy policía.

Aquello parece tranquilizar a la chica.

-Y por cierto, ¡menudo calor hace hoy! ¿No te parece?

La joven mira al ex Inspector Jefe, desconcertada.

-¿Te apetece tomar un granizado? Yo invito.

Cintia baja del tren, busca con la mirada a SUPERRMAN y se apresura a arrojarse a sus brazos. Lo besa.

Ismael cierra los ojos, reprimiendo la repugnancia que le supone besar aquellos asquerosos labios azules. Pero logra salir airoso... Incluso se permite el detalle de introducirle la punta de la lengua en aquella boca sifilítica.

Para su fortuna, la tortura termina pronto.

-¡José Antonio! –le dice, abrazándolo-. ¡Por fin te tengo entre mis brazos!

Ismael le rodea los hombros y la dirige hacia su Seat Ibiza. No quiere que la gente repare demasiado en ellos. Como buen caballero, le coge su maleta de mano.

-¿Qué tal ha ido el viaje, GOTI-K?

Escuchar su nombre de usuario del chat le gusta. Cintia comienza a reír.

-El viaje ha sido estupendo, SUPERRMAN.

Ismael se obliga a sonreír. No sabe cuánto tiempo podrá fingir, pero espera resistir lo suficiente.

-¿Tienes hambre? –le pregunta.

-¡Síiiii! –Da unos saltitos-. ¿Me invitas a comer en un restaurante, SUPERRMAN?

-Mejor todavía, GOTI-K. –Ismael le abre la puerta del vehículo y le hace una reverencia para que pase-. ¡Nos vamos de comida romántica a la sierra!

Cintia vuelve a besarlo.

Lázaro conversa con la antigua compañera de Valentina en el banco de un pequeño jardín. La heladería queda tras sus espaldas, nada más cruzar la calle, y han pedido sus granizados de limón para llevar. Si su instinto no le falla, aquella joven puede ser una mina de oro.

-¿Te gusta el granizado? –Judith asiente mientras succiona el líquido con la pajita. En el interior de su vaso solo queda hielo-. ¿Quieres otro?

La joven le dice que no, pero Lázaro sabe que miente. Es demasiado educada como para tomarse dos.

Lázaro no lo duda. Un granizado de 2.5€ es un precio que merece la pena pagar. Judith solo se mostrará sincera si se siente cómoda y otra bebida refrescante contribuirá poderosamente a ello.

-Vengo ahora mismo.

Cruza la calle y se dirige de nuevo a la heladería. Lázaro regresa con otro granizado. Este es de tamaño grande y le ha costado 4.5€.

-Espero que te guste el sirope de fresa –le dice, ofreciéndoselo.

Judith se sonroja.

-¡E-ees m-mi fa-favorito!

La chica comienza a succionar. Lázaro se sienta en el banco y observa a su alrededor. Todo parece en calma. Los chicos del instituto han desaparecido. Son las 14.17 h., así que imagina que ya estarán de vuelta en sus casas, fuera de los insoportables 35.º C. del mediodía.

-Si no vuelves pronto a casa, tus padres comenzarán a preocuparse, ¿no?

Lo que menos le interesa a Lázaro es levantar sospechas. Un hombre de 49 años invitando a granizados de limón a una menor de edad de 16 años a la salida del instituto puede resultar extraño.

-Mm-mmis pa-padres tra-traabajan.

Aquello lo alivia. Judith succiona su granizado en silencio. Se bebe la mitad de una sola atracada.

La chica está muy entrada en carnes. A pesar de medir unos 20 centímetros menos que Lázaro, debe pesar algunos kilos más que él. Además,

tiene la cara salpicada por acné juvenil. Lázaro recuerda el grupo de chicas que la señaló y se rio tras su espalda. Está convencido de que aquel no fue un hecho aislado.

-¿Cómo son los alumnos del instituto? –le pregunta.

La chica mira su mochila. La tiene entre las piernas, como si temiera que alguien fuera a arrebatársela.

-S-son una mi-mierda –le contesta.

-¿Son crueles? ¿Se ríen de vosotros?

Judith asiente. Se la ve frustrada.

-¿Y qué tal era Valentina? ¿Cómo era en clase?

Judith toma aire. Parece que el recuerdo de su antigua compañera de curso le ensombrece el rostro.

-Ee-era u-una bue-ena chi-chica. En el pa-patio no sent-tábamos jjuntas. Nos cont-tábamos nuest-tras co-cosas.

Lázaro ha dado en el clavo. Judith es lo que estaba buscando.

-¿Cómo se llevaba Valentina con el resto de compañeros?

Judith toma un sorbo del granizado. En el fondo del vaso comienza a derretirse el hielo.

-N-no ha-hablaba con na-nadie. Los compañeros la i-ignoraban y se reían de ella.

Lázaro toma nota: *bullying social*.

-Debe ser duro, ¿no? –Lázaro avanza con cautela.

-P-pero V-valent-tina e-era muy list-ta. S-se las ing-geniaba para hacer nuev-vos amigos.

Lázaro mantiene la respiración. Ahí lo tiene. Ahí tiene su siguiente paso.

-¿Y cómo conseguía las nuevas amistades?

-Le gust-taba chatear –le informa, mirándolo por un segundo-. S-según me cont-taba, se pasaba el día chateando con g-gente

Lázaro quiere afinar más.

-¿Y llegó a contarte qué páginas utilizaba para chatear? Según tengo entendido, hay un montón.

Judith se sonroja. Su pelo castaño le cae por la frente como una cortina.

-¿Ha oído ha-hablar de... –toma aire y suela la palabra sin tartamudear-...Infielex?

-¿Infielex? –Lázaro se está acercando. La investigación avanza inexorablemente-. ¿Qué es eso?

-Es un chat p-para infieles –le dice, como si no fuera obvio-. Allí Valent-

tina conoció a un chi-chico.

-¿Y eso cuándo fue?

Judith vuelve a agachar la cabeza.

-U-unos mes-ses antes de s-suici-cidar-rse.

Lázaro está de vuelta en su dúplex. Bucéfalo continúa tomando el sol en el alféizar de la ventana. Al verlo, emite un ronroneo quedo.

Antes de dejarse caer por la salida del instituto tenía hambre, pero acaba de perder todo su apetito. La pechuga a la plancha tendrá que esperar.

Se dirige a la segunda planta, saltando los escalones de dos en dos, y se encierra en su despacho. Saca el bloc de notas del primer cajón del escritorio y va a la última página, esa que tiene el encabezado VALENTINA.

Lázaro anota la nueva información.

Amiga de JUDITH
¡¡¡¡ INFIELEX !!!!

Todo comienza a tener sentido. Valentina era una chica impopular y poco agraciada. En el instituto no hablaba con nadie. Tan solo le contaba sus intimidades a Judith en los 30 minutos del recreo. Sin duda, debió ser duro estar rodeada de personas jóvenes de su edad y ver cómo todas y cada una de ellas la ignoraban deliberadamente. Y eso, cuando no se burlaban de ella.

Lázaro comprende los motivos que instaron a Valentina, una chica joven y sociable, a hacer nuevas amistades a través de Internet. Y es que los chats son el sitio perfecto para personas en sus circunstancias: en ellos se puede adoptar cualquier identidad, se puede hacer una descripción física de uno mismo tal y como le gustaría ser... En definitiva, a través de un chat se puede hacer creer a cualquiera cualquier cosa.

Y eso entraña sus peligros. Lázaro lo sabe muy bien.

En su día, Internet se convirtió en la vía de escape de Valentina; el modo perfecto de huir de la soledad en la que vivía.

-¿Pero por qué hacerlo en una página web llamada *Infielex*? ¿Por qué no usar un chat cualquiera?

Lázaro arranca su PC. El ordenador está anticuado y obsoleto (igual que su viejo Corri) pero le es suficiente. Una vez iniciado, clica en el navegador

predeterminado: Chrome. Ahí, en el cajón de búsqueda, teclea el nombre del chat: INFIELEX.

En menos de un segundo, Google arroja miles de resultados. El primero de ellos es la página web del sitio: <https://www.infielex.com>.

Lázaro hace clic.

Al acceder al portal, en la zona izquierda aparece una atractiva mujer morena en lencería. El liguero con tanga rojo de vinilo llama poderosamente su atención. En la parte derecha del monitor hay un hombre con una recortada barba negra y unos poderosos abdominales.

Y entre ambos, escrito en parpadeantes letras mayúsculas, se lee:

INFIELEX
Encuentra una relación esporádica ahora mismo.
¡Entra ya!

-¿Qué diablos hacía Valentina aquí?

Lázaro sitúa el puntero en ENTRA YA y confirma que es mayor de 18 años.

Para su desgracia, aparece un formulario de datos personales y un botón con el texto INSCRÍBITE CON EL 50% DE DESCUENTO.

Infielex parece ser un sitio de citas para usuarios de pago. Sin un Nick y una contraseña no puede hacer nada. Nada, a excepción de leer la política de privacidad. Y eso le interesa.

Infielex es un chat que promete el anonimato y la máxima seguridad en la red. Se trata de una aplicación web en la que no es necesario instalar nada y que no guarda copias de las conversaciones mantenidas en el servidor.

Lázaro lee con detenimiento:

Infielex encripta los mensajes antes de alojarlos en el servidor, de manera que ni siquiera Google los puede leer. Para asegurar el anonimato de nuestros infielex, los mensajes se autodestruyen una vez que el usuario cierra sesión, sin dejar ningún tipo de rastro. Los mensajes no se pueden recuperar.

Lázaro acaba de dar con la razón por la que Valentina utilizaba aquella web para chatear:

-Infielex es el paraíso del anonimato.

Lázaro duda de que la adolescente tuviera una vida paralela en la que se dedicara a tener citas con hombres maduros, pero cree estar convencido de que alguien se tomaba muy en serio su anonimato.

-Alguien no quería dejar rastro... -Lázaro se echa hacia atrás en su silla giratoria-. El chico que conoció, fuera quien fuese, tomó muchas precauciones.

Pero Lázaro... Lázaro va más allá.

¿Y si el misterioso conocido de Valentina compró su nombre de usuario con una tarjeta de crédito robada? Hoy día es posible efectuar una transacción por Internet suplantando la identidad de otra persona. Así, aun en el mejor de los casos, aun sabiendo el nombre de usuario del conocido de Valentina, aun disponiendo de una orden para acceder al fichero de usuarios de la compañía, solo se toparía con los datos de una persona que probablemente perdió su tarjeta de crédito hace tiempo.

-Esto va a ser difícil...

Ismael extiende el mantel sobre la tierra húmeda. Se encuentran en el parque natural Sierra Vida, en una zona alejada de la zigzagueante carretera de montaña y de cualquier sendero peatonal. Aún no es época de turistas, y eso es bueno.

-Estoy un poco mareada, cariño –le dice Cintia.

La niñata le ha dado la tabarra durante todo el camino y ahora está sentada en el Seat Ibiza, con las puertas abiertas, tratando de recuperarse de, lo que para ella ha sido, “un viaje lleno de curvas”.

Hace calor, pero la profusa vegetación les ofrece abrigo del sol. Unos pinos altos se extienden hacia el cielo como dedos alargados.

Ismael echa un vistazo a su coche y a la malnacida que hay en su interior. Ha aparcado en una zona discreta y muy retirada. Sabe que las posibilidades de que alguien se deje caer por ahí (y más un cuatro de junio a mediodía) son ínfimas. Quienes se molestan en subir a Sierra Vida son, en su mayoría, ciclistas o turistas. Y ambos tienen en común su nulo interés por la alta montaña.

Ismael abre el maletero del coche y coge una nevera portátil.

Sobre el mantel extiende la que será la última comida de Cintia: cervezas frías, tortilla de patatas, magra con tomate, ensaladilla rusa, ensalada de pasta y unas empanadillas. Todo comprado en un bar de mala muerte.

-GOTI-K –la llama-. ¡La comida ya está lista!

La asquerosa se baja del Seat Ibiza. Tiene una pinta ridícula: una falda negra de tul con volantes y un corsé rojo y negro con varillas reforzadas con terciopelo. Sin duda, la niñata ha escogido aquel conjunto por el escote. Sus minibultos están comprimidos y le ascienden como dos patéticas pelotas blancas. Y para completar el conjunto, lleva un collar con una calavera de plástico en el centro.

Al ver la comida, Cintia vuelve a besarlo. Ismael siente el tacto de sus repugnantes pechos a través de su camisa negra de tirantes. Pero se contiene. Ha de ser paciente.

Lázaro esparce el contenido de la segunda caja de Valentina sobre la superficie de su escritorio. No hay nada llamativo, tan solo cuadernos del instituto, revistas para adolescentes y un par de libros de Danielle Steel: *Una perfecta desconocida* y *Encuentro decisivo*.

Las novelas románticas lo ayudan a crearse una imagen más precisa de la joven fallecida:

-Así que Valentina chateaba al tiempo que leía novelas románticas. Tal vez esperara encontrar a su Romeo en Internet...

Lázaro coge el cuaderno de matemáticas. En la pegatina de la encuadernación se lee MATEMÁTICAS. 1.^{ER} TRIMESTRE. 3.º ESO. Lázaro comienza a pasar páginas. Por supuesto, no le interesan las razones trigonométricas ni las ecuaciones, tan solo se fija en los márgenes de las hojas.

-Valentina pasaba mucho tiempo en clase –se dice, humedeciéndose el dedo índice con la punta de la lengua-. Y las clases de matemáticas son aburridas, y más para una adolescente que fantasea con encontrar a su Príncipe Azul... –Una página, otra página... Nada. Tan solo números, enunciados copiados y ejercicios-. Seguro que Valentina garabateó algo mientras se aburría en clase...

Pero nada. Para su mala suerte, Valentina era muy ordenada. No hay ni una nota a pie de página, ni un dibujo, ni tan siquiera el típico corazón que la mayoría de adolescentes pintarrajean en sus libretas. Aparte de una caligrafía impecable, apuntes de clase y ejercicios, no hay nada.

Lázaro llega al final del cuaderno. Lo deposita en el extremo izquierdo de la mesa. No piensa darse por vencido. Confía firmemente en el sopor que las matemáticas causan a una adolescente. La siguiente libreta de matemáticas se corresponde con el segundo trimestre de 3.º de ESO. Lázaro la abre y, apenas observa la primera página, comienza a reír.

-¡Genial! Así que va a ser cierto eso de que las matemáticas nunca fallan.

El cambio experimentado por Valentina en el tránsito del primer al

segundo trimestre es abrumador. La cuidada caligrafía se ha esfumado y muchos de los ejercicios de clase están a medio hacer o, directamente, en blanco.

Lázaro, firme a su estrategia, pasa las páginas deslizando la mirada por los márgenes. Ahora, la historia es bien distinta. Se topa con dibujos de flores, pájaros, nubes y corazones. Pero no ofrecen información reveladora. Lázaro sigue pasando las páginas hasta llegar al final del cuaderno.

Lo deposita sobre la libreta del primer trimestre y, esperanzado, coge el cuaderno de matemáticas correspondiente al tercer trimestre del curso pasado.

-Este fue el trimestre que no llegó a acabar –piensa.

Pasa las páginas y los márgenes están ahora plagados de ensoñaciones. Aquellos dibujos y anotaciones son una externalización de los pensamientos de Valentina.

Lázaro pasa detenidamente las páginas y encuentra algo que llama su atención. Es un corazón. Pero a diferencia de los anteriores, este tiene escrito dos nombres: VALENTINA Y SUPERRMAN. El corazón está atravesado por una flecha. Y sangra.

Marta se obliga a darse un baño en su piscina. Ha llamado al cristalero y vendrán por la tarde a poner un nuevo cristal en la habitación de su hija.

Este cristal será más grueso y mejor que el de antes: de doble acristalamiento y con control solar y térmico *guardian sun*. Si alguien vuelve a saltar la valla de su casa para apedrear la ventana de Valentina, no le bastará con una simple roca. Necesitará más. Y hará ruido.

Marta piensa continuamente en Lázaro. Cuando fue a su casa y lo vio por primera vez estuvo a punto de prescindir de sus servicios. La cárcel le ha pasado factura. No obstante, sabe que es el mejor. Confía en él. Lázaro es implacable.

Marta deja su pamelita en la tumbona del jardín. Son más de las tres del mediodía y aún no ha comido. Está demasiado nerviosa para meterse nada a la boca. Tal vez un baño rápido la ayude.

Se sumerge en el agua cristalina poco a poco.

-*Yo me encargo de todo. Usted haga su vida normal, no tema* –le dijo el ex Inspector Jefe la última vez.

-*Vida normal* –repite Marta, con el agua a la altura de la cintura-. Con mi Valentina perdí mi vida normal.

Antes, Marta trabajaba como directora de marketing en Golden Biks, una prestigiosa empresa de moda. Pero desde que su hija... Marta estuvo varios meses de baja por depresión. Ahora vuelve a trabajar, aunque lo hace desde casa. El dinero no le preocupa. Su ex marido le ha dejado una buena fortuna, además del chalet a su nombre. Patricio Martínez, el que fuera su esposo por más de diez años, no encontró razón para continuar casado tras el suicidio de Valentina. Su hija era lo único que los mantenía unidos...

El agua le llega a Marta por el cuello. Desea sumergirse en ella y dejar de vivir. Está a punto de llorar. El dolor le oprime el abdomen y hasta le cuesta respirar.

-*Mi Valentina... Mi pobre hijita...*

Nunca entró en su dormitorio, ni tan siquiera para limpiar. Lo intentó una

vez, pero le fue imposible. La imagen de su hija le atraviesa aún el corazón. Todavía la ve al cerrar los ojos: con las venas abiertas, mirándola con aquellos ojos sin vida, acusadores, sentada en su propio charco de sangre...

Marta se sumerge completamente bajo el agua. Su melena queda suspendida en el agua estancada. Piensa que ya no le importa nada, que la vida ha dejado de tener sentido...

Pero escucha el sonido de su móvil.

Está sola, así que ¿quién puede llamarla?

Marta saca la cabeza y se apresura a subir por la escalerilla. Ha dejado el móvil junto a su pámela, en la tumbona en la que antes tomaba el sol con su hija.

Se seca la mano derecha en la toalla y coge el celular. En la pantalla se lee:

Llamada entrante
Lázaro del Río

Marta siente que el corazón le da un vuelco.

-¡Dígame! –lo saluda-. ¿Qué ha encontrado?

La voz del ex Inspector suena al otro lado de la línea.

-Buenos días, señora –lo dice con voz tranquila-. La investigación marcha bien, pero todavía no hay nada en firme.

Marta suspira. Aunque en el fondo ya lo sabía. No ha pasado ni un día.

-Le llamo para hacerle una pregunta rápida. –Lázaro vacila un instante-. Su hija... ¿tenía alguna tarjeta de crédito?

-¿Cómo dice? -Aquello sí que no se lo esperaba-. N-no, por Dios, si solo tenía 15 años.

-¿Y puede que su hija utilizara su tarjeta de crédito para comprar por Internet?

-Imposible –contesta, sin titubear-. Mi Valentina no era así. De haber querido comprar algo, simplemente me lo hubiera dicho. Entre nosotras no había secretos.

-Marta, ¿puede consultar los movimientos de las compras realizadas con su tarjeta de crédito en, digamos, los últimos 12 meses?

Marta se envuelve en la toalla. De repente, siente escalofríos.

-Sí, sí, claro. Puedo consultarlo...

-Hágalo y escríbame un WhatsApp. Dígame si hay alguna compra que

usted no pueda justificar. Gracias.

Lázaro se apresura a colgar. No quiere que la mujer comience a preguntarle. No desea decirle nada aún. De momento, lo único que tiene son sospechas.

Si Valentina utilizaba la web InfieleX para hablar con su Príncipe Azul (por voluntad propia o por insistencia del susodicho), tal vez utilizó a escondidas la tarjeta de crédito de su madre para comprar su nombre de usuario.

Mientras espera el wasap de la señora, Lázaro continúa rebuscando información entre el resto de cuadernos. Al parecer, en el resto de clases Valentina prestaba más atención, pues el número de anotaciones y garabatos en los márgenes es ostensiblemente inferior.

Ya ha apilado todas las libretas en la esquina de su escritorio. Solo le quedan por examinar los libros de Danielle Steel. Aunque Lázaro no tiene la menor intención de leerse ninguno, coge *Una perfecta desconocida* y comienza a pasar las páginas. El libro no tiene anotaciones. Sus páginas, ligeramente arrugadas, indican que ha sido leído, pero no hay nada escrito. Deposita la novela sobre la torre de cuadernos y coge *Encuentro decisivo*. No necesita pasar muchas páginas para encontrar un folio meticulosamente doblado, oculto entre los capítulos intermedios.

-¡Una carta! –Lázaro da una palmada, más que satisfecho.

Con cuidado, despliega el folio y comienza a leer:

Para mi amor primaveral:

Desde que entraste en mi vida, nada ha vuelto a ser como antes. Paso los días y las noches pensando en ti. Si no estoy a tu lado, no soy yo mismo. Tú me completas, mi amor primaveral, tú me haces ser quien quiero ser.

Sé que no es casualidad que hayamos coincidido en esta vida. Es el destino, que nos ha unido. Y nada podrá separarnos.

Mi amor primaveral, quiero conocerte mejor.

Déjame ser tu compañero, tu amigo, tu amante.

Con cariño,
S.

Lázaro suelta el folio.

-¡Menudo pastelón! –exclama.

La carta ha sido impresa a ordenador. Ha utilizado una fuente Calibri y un interlineado doble.

Parece la típica carta romántica escrita por un adolescente. Está plagada de clichés: tú me completas, el destino nos ha unido y no puedo vivir sin ti.

Lázaro baraja dos posibilidades. La primera es que Valentina fuera la autora de la carta; la segunda es que esta fuera escrita por alguien que conoció por Internet.

Lázaro duda de que Valentina hubiera escrito aquello. Una lectora de Danielle Steel podría escribir cartas de amor, es cierto, pero ¿por qué se dirigiría a su amor verdadero como “*mi amor primaveral*”? ¿Y por qué firmaría con una escueta S? Si era la intención de Valentina la de ahorrar tinta en escribir su nombre, ¿por qué no firmó con una V?

-Ese –se dice-. Ese...

¿Quién podría ser el autor? ¿Alguien llamado Sebastián? ¿Algún Samuel, Santiago, Sergio, Salvador...?

Su móvil emite un sonido.

-¡El wasap de Marta!

Lázaro lo abre y lee el primer wasap que ha recibido en su vida:

Todos los movimientos son de compras mías.
Todo en orden.

-Así que S. le pagó su nombre de usuario en Infielex –se dice-. ¡Menudo caballero!

Cintia come como una burra. Mastica con la boca abierta y habla sin parar, soltándole a Ismael perdigones de comida en toda su cara.

Pero se contiene. Sabe que el fármaco no tardará en surtir efecto. GOTI-K está tan centrada en él que no se ha percatado de que su lata de cerveza de 33 centilitros tiene, en la parte trasera, un pequeño fragmento de cinta aislante. Ismael tuvo que emplearla para sellar el imperceptible agujero causado al inyectar el somnífero. Utilizó una dosis suficiente como para hacer dormir a una yegua, ¿por qué entonces Cintia habla tanto? ¿Por qué no se calla la boca de una puñetera vez?

-Me fije en ti en cuanto te vi por el chat –le dice, engullendo otra empanadilla-. SUPERRMAN. Qué nombre más divertido. Es súper ingenioso. Y me encantó que luego siguiéramos chateando a través de esa página... ¿cómo era? Ah sí, ¡infeliceX!

-InfieleX –la corrige, secamente.

-¡Ah, sí! –Cintia comienza a reír. Su risa se asemeja al rebuzno de una burra, al rebuzno de una burra estúpida y apestosa-. ¡Me encantó! Me pareció súper... ¿cómo se dice? ¡Ah, sí! Súper clandestino. Como si fuera un romance secreto. ¡Qué guay!

Ismael observa a Cintia detenidamente. Ha bajado la guardia, pues los primeros indicios del fármaco comienzan a manifestarse. GOTI-K continúa hablando, sí, pero ya arrastra las palabras, como si le costara trabajo vocalizar.

Dentro de unos pocos minutos sentirá un cosquilleo recorrerle las extremidades y su lengua se volverá pesada e insensible.

-Me convertí en gótica hace un año, ¿sabes? –Cintia se lleva las manos a la cabeza-. Uff, menudo mareo. ¿Y tú cuánto tiempo llevas siendo gótico?

Lo sensato sería esperar un par de minutos más. Pero Cintia está ya bajo los efectos de la sobredosis. No podrá escapar. No podrá resistirse.

-¿Quieres que te sea sincero? –le dice Ismael.

-Sí, sí, sí, ¡claro!

-Pues, la verdad, es que no soy gótico.

Cintia lo mira con asombro.

-Tampoco me llamo José Antonio, ni soy electricista. Y ten por seguro que tampoco escribo como un puto analfabeto.

Cintia apoya la espalda contra el tronco del pino. Está blanca, y no por las revelaciones de Ismael. Se encuentra mal. La vegetación, los pájaros y las copas de los pinos dan vueltas en torno a ella.

-Te he engañado. –Ismael se sienta a su lado y le acaricia los hombros. Cintia apenas siente su mano deslizándose por su piel, acariciándola. No siente su cuerpo.

-Verás, me llamo Ismael, estudio Ingeniería Electrónica y soy un asesino. Me encanta matar a niñas como tú.

Cintia quiere sacudirlo, quitarle la mano de su brazo... ¿o es su pecho lo que está acariciando? Ya no lo sabe, no siente nada. Comienza a babear. No puede moverse. Está paralizada.

Ismael levanta el trasero del humus de la sierra y extrae su sorpresa.

-Mira, mira lo que te he comprado. –Lo pasea por delante de sus ojos, moviéndolo como un juguete-. ¿Quieres probarlo?

Con el bisturí le rompe el corsé y el sujetador que ayer le enseñó mediante el chat. Ismael le muerde los pezones. Tiene los pechos pequeños, pero los pezones son abultados. Hunde los dientes alrededor de su aureola hasta sentir el sabor de su sangre.

-¿Te gusta, GOTI-K? –Le clava el bisturí en el vientre, aunque solo lo hunde unos centímetros. No quiere matarla. No todavía.

Sin perder tiempo comienza a morderle el cuello. Las lágrimas de Cintia le resbalan hasta la clavícula. Las saborea. Le introduce el bisturí bajo la falda negra de tul con volantes y comprueba que no lleva ropa interior.

-¿Y tus bragas? –Ismael prefiere morderle el pezón. Succiona la sangre como un niño lo haría con la leche materna-. ¿Es que no usas bragas?

Ismael ya está excitado, pero ha de culminar. Ha de satisfacerse.

Ismael extrae la mano de la falda para recorrer su cuerpo. Con movimientos verticales, el bisturí acaricia sus piernas y vientre. La sangre comienza a manar con profusión.

Ismael cada vez se siente más seguro, de modo que comienza a introducir más y más el filo en la piel de GOTI-K.

Siente su cuerpo estremecerse.

El resto es sangre.

Lázaro del Río come su pechuga a la plancha. Son las 18.00 h. Cuando se encierra en su despacho, el tiempo pasa volando. Aquello también solía pasarle cuando pertenecía al cuerpo de policía: comenzaba a darle vueltas a un caso y se olvidaba de cosas tan mundanas y básicas como el simple hecho de comer.

-Por eso me dejó Blanca –le dice a Bucéfalo.

Blanca fue su pareja hará ya más de 15 años. Cortaron su relación poco antes de que sucediera aquello y fuera declarado culpable de asesinato. Pero, aun así, Lázaro esperaba que Blanca fuera a visitarlo a la cárcel. Tan solo una vez, para saber cómo estaba.

-Pero no fue, Bucéfalo.

El gato está sentado en la mesa, delante de Lázaro. Ha tomado costumbre de posicionarse en aquel lugar estratégico cada vez que su dueño se sienta a comer. Ahora no aparta la mirada de la pechuga a la plancha.

-Fuimos novios más de cuatro años. ¡Joder, Bucéfalo! ¿Sabes lo que son cuatro años?

El gato mueve el rabo de izquierda a derecha una vez, como un látigo negro.

No sabe qué ha sido de Blanca. Y tampoco tiene intención de llamarla. Quiere que desaparezca de sus recuerdos... Aunque durante sus 15 años en prisión pensara en ella continuamente.

-Yo ya no soy el de antes y ella tampoco. No me quiso cuando era Inspector Jefe, así que imagínate ahora.

Acaba de perder el apetito, así que le ofrece la pechuga restante a Bucéfalo. El gato la lame con timidez para después dar delicados mordiscos.

Lázaro deja a su amigo felino comiendo en la mesa y vuelve a encerrarse en su despacho. Y es que Lázaro es obsesivo. Es incapaz de desconectar. Su mente nunca le da un momento de tregua, ni tan siquiera cuando duerme. Tal vez por ello fue de los mejores, si no el mejor.

Mientras comía la pechuga a la plancha no paraba de darle vueltas a lo

mismo. Lázaro coge la carta que encontró entre las páginas de la novela *Encuentro decisivo* de Danielle Steel y se fija en la “S.” final.

Lázaro tiene una idea. Rauda, coge la libreta de matemáticas del tercer trimestre de Valentina y pasa las páginas hasta dar con el garabateado corazón. VALENTINA Y SUPERRMAN.

Antes no le dio importancia, pero ahora se fija mejor.

-Superrman –lee-. ¿Por qué tiene dos erres?

Lázaro duda de que Valentina no supiera escribir Superman. El nombre del famoso superhéroe es hoy día muy común: hay películas, cómics, libros y anuncios de televisión con productos de este personaje.

-Superrman –vuelve a leer-. Con dos erres...

El corazón le da un vuelco. Tiene una idea. Una idea tan lógica, sencilla y coherente que no puede estar equivocado.

Entra de nuevo en la URL <https://www.infielex.com>. Una vez más, indica que es mayor de edad y se encuentra con el formulario de inscripción. Esta vez hace clic en NUEVO CLIENTE y rellena los datos solicitados, indicando el número de su tarjeta de crédito. La mensualidad por usar Infielex es de 35€. Lázaro los paga gustosamente con la reserva que aún le queda en el banco. En el nombre de usuario escribe SUPERRMAN. Después, teclea su contraseña.

Hace clic en REGISTRAR pero aparece una ventana emergente:

ERROR

El nombre de usuario SUPERRMAN ya pertenece a alguien.

Por favor, utilice uno diferente.

Marta acaba de ducharse. Se ha puesto una veraniega camisa de lino azul y unos cómodos vaqueros cortos. Baja las escaleras hacia la sala de estar sin dejar de darle vueltas a la última conversación mantenida con Lázaro. ¿Qué le llevó a pensar que su hija pudiera coger a escondidas su tarjeta de crédito?

Quiso preguntárselo, pero el ex Inspector Jefe no le dio oportunidad y colgó enseguida. Marta no sabe si fue lo mejor. Prefiere recordar a Valentina como la chica obediente y de gran corazón que siempre fue. Como la niña que corría a su habitación en las noches de tormenta.

Marta se tumba en el sofá y enciende el televisor. Son casi las siete de la tarde y continúa sin comer. Imagina que a estas alturas ya debe tener el café y la magdalena que desayunó en los pies.

Apoya la cabeza en el reposabrazos. Tiene el pelo muy largo. Demasiado. Resulta poco práctico. A su ex marido le gustaba que tuviera el cabello así, pero ya no hay razón para continuar llevándolo.

Mientras cambia de canal, Marta piensa en todo lo que hizo por Patricio: por él lucía aquella melena rubia, por él se puso implantes de silicona hasta alcanzar una talla 95 copa B, por él se mantuvo en forma, yendo a spinning una hora al día, cinco días a la semana.

Pero por mucho que se cuidara, sabe que una mujer de 43 años no puede competir con una chica de 26. Patricio se divorció y se fue con una becaria de 26. Él, que tiene más de 50 años.

-¡Menudo cerdo! –piensa, pulsando el botón de apagado.

No quiere ver la tele. No quiere nada. Tan solo siente asco de sus implantes. Desearía poder arrancárselos y tirarlos a la basura... Hasta la casa le repugna.

-Tan grande, tan vacía...

Ya no es feliz ahí. No tiene sentido seguir viviendo en ella. Tal vez debe ponerla en venta y...

El sonido del timbre la trae de vuelta a la realidad.

-Perdone que me presente sin avisar –se disculpa el ex Inspector Jefe al entrar en el chalet-, pero todo ha surgido muy rápido.

-No importa. –Marta cierra la puerta de entrada y se gira hacia Lázaro-. Antes me ha dejado preocupada, ¿sabe? ¿Por qué me dijo lo de la tarjeta de crédito?

-Señora, no quiero hablar aún. –Aquella es una situación que Lázaro ya previó antes de llegar-. Se lo contaré todo, pero solo cuando esté seguro.

Marta se cruza de brazos. Se nota que está enfadada. Lázaro no tiene tiempo para aquello, así que va al grano:

-¿Tenía Valentina un ordenador propio?

La mujer cambia de postura y, como si no supiera qué hacer con las manos, las introduce en los bolsillos.

-No... Solo tenemos un ordenador. –Todo aquello comienza a extrañarla.

-¿Le importa que lo trastee? –Sin esperar respuesta, Lázaro se encamina a las escaleras de caracol. Ya sabe dónde encontrar el PC.

Pero Marta lo agarra por la camisa y le detiene el paso.

-¡Dígame qué sucede! –Su tono duro pronto se convierte en súplica-. Por favor...

Lázaro baja el único escalón que ha subido y le apoya, delicadamente, la mano en el hombro. Trata de tranquilizarla. La mujer está pasándolo muy mal.

-Son solo hipótesis, señora, pero creo que a su hija le gustaba hacer amistades en chats.

-Imposible. –Marta da un respingo-. Mi Valentina nunca haría eso. Ella... Ella era mi niña...

-Una niña que no tenía amigos. Y una niña que utilizaba los chats para intentar hacerlos. –Lázaro pone las cartas sobre la mesa-. ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué no me dijo que, en el instituto, no se llevaba bien con sus compañeros?

Marta se lleva las manos a la cara. Comienza a llorar como una niña. La

señora se dirige al lujoso sofá de piel blanca de la sala de estar y se deja caer. Lázaro toma asiento a su lado.

-Fui a hablar con la directora del instituto, ¿sabe? –Marta se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano-. También hablé con el orientador. Pensamos en cambiarla de centro, pero mi Valentina no quiso... Era muy reacia a los cambios, ¿sabe? Y solo le quedaba un año más para terminar la ESO. Así que optamos por aguantar un curso más...

Marta sube los pies al sofá y se encoje. Forma un ovillo con su cuerpo.

-Debí sacarla de ese Instituto... Fui una idiota... Debí...

Lázaro se aproxima a Marta y la abraza. Siente su cuerpo estremecerse como el de una niña.

-No se lamente, señora. –Marta acurruca su cabeza sobre su hombro. Lázaro le acaricia su larga cabellera de oro con gesto paternal-. Usted... Usted no podía saberlo...

Transcurre un minuto y, poco a poco, Marta recupera parte de la compostura. Finalmente, se recuesta en el sofá. Tiene la cara húmeda por las lágrimas.

-Lo siento, Inspector, ¡menuda espectáculo que le estoy dando!

-No se preocupe. –Lázaro se pone en pie-. Voy a consultar el ordenador, ¿de acuerdo? Si me necesita, estoy arriba.

Lázaro arranca el ordenador. El PC se inicia mucho más rápido que el de su casa. Lázaro lee las especificaciones del equipo: un Intel i7 a 4.2 Ghz., 16 gigas de RAM, 2 teras de capacidad, una tarjeta gráfica GTX Titán y un sistema de refrigeración líquida.

-¡Menudo cohete! –Lázaro piensa que alguien (probablemente el padre de Valentina) se dedica al diseño gráfico.

Sin perder más tiempo, hace doble clic en el único explorador instalado: Mozilla Firefox. Cruza los dedos y se dirige al historial de navegación. Para su suerte, no ha sido borrado.

-¡Genial!

Aparece un listado con todos los sitios web visitados. Lázaro desciende con la ruedecilla del mouse hasta llegar al historial del año pasado. No hay ni rastro de la web InfieleX, aunque encuentra otras páginas de chats.

Raudo, extrae el minibloc del bolsillo de sus vaqueros y anota la dirección de las webs:

<https://www.chatjoven.es>

<https://www.chicasychicos21.com>

<https://www.ligaonline.es>

Lázaro accede a las páginas web, pero encuentra que son chats esporádicos. Uno entra, escribe un nombre de usuario cualquiera y comienza a chatear. Sin contraseña, sin registro previo. Así de fácil.

Lázaro tiene una sospecha. ¿Podría ser que Valentina conociera a su Superrman a través de uno de esos chats? ¿Y podría ser que ese Superrman la recondujera, en pos de preservar su anonimato, a InfieleX?

Lázaro cierra su bloc. Tiene una idea.

Ismael cierra la puerta de la habitación 2-18. Está eufórico, fuera de sí. Todavía siente la humedad de la sangre de Cintia en su cabello, así que se frota las palmas de las manos en su melena morena, permitiendo que el olor impregne su piel. Y se las lame.

Se dirige al pie de ducha y se lava. La sangre desaparece, pero no el recuerdo de sus actos. Cuando cierra los ojos, aún ve el cuerpo de GOTI-K.

En los últimos años, Ismael ha tenido en mente infinidad de ideas brillantes, las cuales abarcaban actos comprendidos entre el envenenamiento de la sopa en el comedor de la residencia de estudiantes hasta provocar, cuchillo en mano, una carnicería en la universidad.

Pero carecía valor. Sus ideas eran solo ideas, pensamientos imposibles de materializar. Por eso ahora está fuera de sí. Ha matado a GOTI-K, ha superado sus miedos, se ha demostrado a sí mismo que es capaz...

Tras jugar con su cadáver, la roció con lejía y detergente. No quiso dejar restos de ADN, así que, antes de montarse en su Seat Ibiza y desaparecer del lugar, le vació un bidón de gasolina y le prendió fuego.

-La muy zorra olía bien. –El olor de su carne quemada era casi como el de la ternera a la brasa. O al menos eso le pareció.

Y aquella idea le provoca carcajadas.

-Olía como una vaca... ¡Y yo que creía que era una burra! –Se ríe tan fuerte que su visión se vuelve borrosa por las lágrimas.

Sin parar de reír, Ismael sale del pie de ducha y se seca. Introduce en una bolsa de plástico su ensangrentada ropa gótica. Mañana se deshará de ella.

-Todo ha salido perfecto –se jacta-. No he dejado ni rastro.

Ismael se viste. Ya casi ha anochecido, así que se embute en su pijama. Sabe que va a dormir profundamente.

Lázaro cena un sándwich de atún con lechuga y un refresco de cola light. Como de costumbre, Bucéfalo ha tomado asiento en la mesa, justo enfrente de él. Lázaro ha dejado unos pocos trocitos de atún en la lata, de modo que su amigo de cuatro patas también pueda catarlo.

El sándwich le sabe a gloria. Saborea cada bocado con la satisfacción de que la investigación va por buen camino. Sabe que se está acercando.

-Esta noche voy a pescar, Bucéfalo. –Le dice. Pero el gato continúa lamiendo la lata como si aquello no fuera con él.

Lázaro engulle de un bocado lo que queda del sándwich y apura el refresco. Ansioso, se dirige a su despacho.

Se sienta ante su PC y abre su bloc de notas. Sin dudarlo, abre Google Chrome y teclea las direcciones web de los chats hallados en el historial de navegación del ordenador de Valentina.

Abre tres ventanas, una para cada chat. En todos sigue los mismos pasos: indica que su edad es de 15 años, que es una chica y utiliza el nombre de usuario *Amor Primaveral*.

Lázaro se frota las manos.

Si está en lo cierto, la reiteración de las palabras “*mi amor primaveral*” encontradas en la carta de Valentina no es simple coincidencia. ¿Por qué emplear “*mi amor primaveral*” con tanta insistencia? Fuera quien fuese el que la escribiera, ¿por qué no se dirigió a Valentina como “*mi amor*”, “*amor mío*”, “*amor de mi vida*” o con cualquier otro empalagoso sinónimo? A Lázaro se le ocurren infinidad de sustantivos, y eso que nunca ha escrito una carta de amor: cielo, cariño, caramelito, corazón, bomboncito...

En su momento Lázaro no cayó en la cuenta, pero por el modo en que se utilizó “*mi amor primaveral*” parecía casi un nombre propio.

-¡Pero si hasta iba dirigida “*Para mi amor primaveral*”! –recuerda.

Aunque solo es una suposición, Lázaro cree que Valentina pudo utilizar el nombre de usuario *Mi Amor Primaveral* en alguna sala de chat. Eso explicaría la extensa presencia de esas palabras en una carta que no supera el

medio folio.

Lázaro comprueba las salas de chat. En ChatJoven hay 570 usuarios en línea. En ChicasyChicos21, 1.328 y en LigaOnline, más de 2.000.

Eso suman muchas personas. Lázaro busca el Nick Amor_Primaveral en el panel de *Usuarios en línea*.

-Aquí estoy. –Al lado de su nombre de usuario aparece el símbolo de Venus, dando a entender a la comunidad de usuarios que Amor_Primaveral es una mujer.

Lázaro se pone en pie. El cebo ya está echado. Ahora solo queda esperar.

DÍA 3

Ismael se despierta. Son las cuatro de la madrugada y en la residencia de estudiantes reina el silencio. El resto de universitarios duermen profundamente.

Ismael se ladea hacia un lado, y luego hacia el otro. No puede conciliar el sueño, así que se pone en pie y enciende su portátil. Piensa en todo lo que ha hecho.

Todo empezó con Valentina. Se encontró con aquella obesa en una sala de chat por casualidad, y pronto llamó su atención. Era una malcriada de 15 años que lo tenía todo en la vida y, sin embargo, se creía una infeliz. Pero Ismael le dio una buena lección. Le enseñó que, por muy infeliz que uno se considere, las cosas siempre pueden ir a peor.

Recuerda lo fácil que fue ratear su ordenador. Tan solo tuvo que enviarle a su correo un archivo con ejecutable disfrazado en forma de canción. La muy idiota lo descomprimió y se autoinfectó sin sospechar nada. Así fue como, durante un par de semanas, obtuvo el control de la webcam integrada en el monitor de su ordenador. Gracias a la monitorización de su webcam, Ismael la pilló desnuda, cambiándose de ropa frente al ordenador.

Y ahí empezó todo. La convenció para chatear a través de la web Infielex, diciéndole que era un sitio más chulo y exclusivo. Y la idiota le creyó. Tuvo que pagar por el registro de su nombre de usuario, pero lo hizo gustoso. Al fin y al cabo, la tarjeta de crédito se la robó a una anciana tan vieja, chocha y estúpida como para anotar su número de seguridad en un papel dentro del monedero.

De la noche a la mañana, su Superrman, ese desconocido que hasta le escribió aquella carta tan cursi, se convirtió en su pesadilla. Le envió la grabación y comenzó a chantajearla.

Le dijo que, como fuera a la policía, como le contara algo a alguien, difundiría el vídeo a través de las redes sociales. Se lo enviaría a todos sus compañeros de Instituto, a sus profesores, a sus padres y hasta lo subiría a YouTube.

Valentina guardó silencio e Ismael comenzó con su chantaje. Cada día le pedía algo a cambio de su silencio: comenzó con dinero, el cual debía depositar en un lugar y una hora concretos. Pero tras varios cientos de euros acumulados, Ismael comprendió que estaba perdiendo el tiempo. El dinero no le hacía falta. De hecho, el capullo de su padre es el propietario y fundador de SUZA, una industria que anualmente factura más de tres millones de euros. ¿Qué hacía, entonces, mendigando unos pocos cientos cuando con una llamada rápida a su padre podía conseguir varios miles? Tras mucho pensar, Ismael llegó a la conclusión de que hay cosas más importantes que el dinero. De hecho, el dinero suponía poco o nada para Valentina. Perteneecía a una acomodada familia de clase alta y cada vez que le pedía efectivo, tan solo tenía que ir a hurtadillas al bolso de su madre y sustraerle unos pocos billetes.

Ismael quería verla sufrir, así que se centró en su dignidad. Muy pronto comprendió que jugar con la integridad de una persona es mucho más divertido. Así, le pidió a Valentina que se escribiera en la frente la palabra PUTA con bolígrafo permanente y le enviara una foto como testimonio a través de InfieX. Cuando vio la imagen, Ismael se rio como nunca lo había hecho. De hecho, aún conserva aquella foto. Está bajo la pila de apuntes universitarios, en el último cajón de su escritorio. A Ismael le gusta verla de cuando en cuando.

Cuando Valentina le envió aquella foto, Ismael se excitó más que si le hubiera enviado un millón de euros. Y aquello solo fue el principio. Tras eso, le pidió más fotos, y cada una con nuevas e ingeniosas evidencias de torturas psicológicas, pero Valentina no lo resistió. Acabó por suicidarse.

Y su suicidio fue lo que le hizo comprender lo que, en realidad, siempre había buscado: su muerte.

Al saber que Valentina terminó por quitarse la vida, Ismael sintió un profundo regocijo. Una satisfacción tan plena que apenas puede explicar con palabras. Y supo que tenía que volver a repetirlo.

Pero GOTI-K ha sido algo completamente diferente. Con Valentina comprendió el porqué de su existencia, sí, pero Valentina terminó por suicidarse ella misma. Ismael sabía que hostigar a una niña infeliz a través de una distante página de chat es una cosa, y otra bien distinta es matar con sus propias manos y mancharse de sangre.

Por eso lo planificó todo al detalle con GOTI-K, y la verdad es que no ha podido salir mejor.

Ahora Ismael está ansioso por volver a repetir. Sabe que a la tercera va la

vencida. Y esa es la razón por la que ahora, sin apenas darse cuenta, se encuentra en un chat muy frecuentado por jóvenes y niños de papá. Busca a su siguiente víctima.

Ismael lee los Nicks y se fija en las pocas chicas que hay. Comienza a leer sus nombres de usuario:

-Perra22, Caty17, GolositaDulsona, Amor_Primaveral, Belén...

Ismael se para en seco.

Vuelve a leer una y otra vez aquel nombre de usuario.

-Amor_Primaveral.

Se estremece. Su corazón le va a mil. Hasta le tiemblan los dedos.

-Tiene que ser una coincidencia –intenta convencerse-. Es imposible, imposible...

Recuerda que Amor_Primaveral fue el nombre de usuario que utilizó Valentina cuando la conoció.

-Será simple casualidad...

Pero tiene que asegurarse. Deposita el puntero sobre Amor_Primaveral y clicla con el botón derecho en la opción INICIAR CHAT PRIVADO.

Son las 9.00 h. y Lázaro detiene la alarma de su móvil. Bosteza y se estira en la cama. Desde que salió de prisión, aquella es la primera vez que ha disfrutado de su mullido colchón; la primera vez que logra dormir largo y tendido.

Lázaro sabe que el *Expediente Valentina* le ha dado una razón para seguir adelante. Aun fuera del cuerpo de policía, Lázaro hace lo que mejor se le da: acechar a los maleantes. Y eso le da energías, le ofrece el aliciente que antes encontraba en sus continuas investigaciones como Inspector Jefe.

Lázaro siempre le estará agradecido a Marta por llamar a la puerta de su casa, por desvanecer la penumbra en la que vagaba y, en especial, por ayudarlo a salir a AHÍ-FUERA.

Lázaro se pone en pie. Debido al calor de junio, se acostó en calzoncillos. Bucéfalo ha dormido con él, aprovechando la cálida brisa que se filtra por la ventana. El gato ya está casi recuperado. Lázaro recuerda cómo lo encontró en la puerta de su casa: famélico, desnutrido, sucio... Apenas un saco de huesos. Un gato de la calle, un gato sin dueño que habría muerto de no ser por él.

Lázaro se enjuga las lágrimas.

-Yo también habría muerto de no ser por ti, Bucéfalo. –Mucho antes de que Marta llamara la puerta de su casa, lo hizo el felino. El animal entró en su vida y, gracias a él, pudo compartir su infelicidad y hablar con alguien.

Lázaro no quiere pensar en eso, pero sabe que estuvo a punto del suicidio. Sabe que aquel gato le salvó la vida.

-Tengo que llevarte al veterinario –le dice. Bucéfalo tiene la cabeza hundida en la almohada y ronronea plácidamente-. Tengo que vacunarte y ponerte un chip.

Lázaro se dirige al servicio para asearse, pero a mitad del pasillo se detiene. Lo había olvidado.

-¡La pesca!

Corre a su despacho. Ha dejado el ordenador encendido toda la noche,

conectado a los chats con el Nick Amor_Primaveral.

Lázaro observa que han picado varios peces. Demasiados, en realidad. Pero eso ya lo esperaba: la mayoría de usuarios de chats son hombres que buscan amistad o lo que surja (fundamentalmente esto último). No es de extrañar que muchos de ellos contactaran con Amor_Primaveral, atraídos por su nombre de usuario y, en especial, por el rosado símbolo de Venus que lo identifica como mujer.

Lázaro consulta los mensajes privados recibidos en Chat Joven:

Un tal Miguelito_JP le ha propuesto mantener relaciones sexuales, asegurándole a Amor_Primaveral que está muy bien dotado.

Un tal Apisonador12 la saludó cortésmente a las 01.23 h. y, tras no obtener respuesta de Amor_Primaveral, la mandó a la mierda a las 01.27 h.

Un usuario con el, a su juicio, interesante y sugerente Nick 23cmBoy le ha propuesto, así, de buenas a primeras, iniciar una sesión de webcam con las que ambos pudieran masturbarse.

-Menudo hatajo de salidos.

Lázaro entra en el chat Liga Online y comprueba que el panorama es similar: un montón de hombres buscando carnaza desesperadamente.

Finalmente, y desvanecida ya cualquier esperanza, consulta los mensajes privados de ChicasyChicos21. Tiene más de 20 mensajes privados de usuarios.

-La noche ha sido larga. –Lázaro se ríe.

Un tal Toñín27 (Lázaro supone que el 27 debe corresponderse con su edad) le ha escrito un sutil mensaje: “*Venga, bájate las bragas y vamos a follar*”.

Lázaro sigue leyendo los mensajes hasta que...

-¡Superman! –Lázaro abre la boca. No puede creerlo.

Tiene un mensaje de un tal Superrman. Lázaro observa que está escrito con dos erres, tal y como Valentina lo garabateó junto a su corazón en el cuaderno del tercer trimestre de matemáticas.

Superrman le ha escrito un mensaje completamente diferente al de los otros internautas. No le ha faltado al respeto a Amor_Primaveral, ni le ha pedido que se baje las bragas. Superrman es distinto: tiene educación. Lázaro lee una y otra vez los mensajes enviados:

 H (04.14 h.) Hola, preciosa.

 H (04.14 h.) Me ha llamado mucho la atención tu precioso nombre de usuario.

H (04.15 h.) Me encantaría conocerte personalmente, ¿de dónde eres?

Lázaro le contesta. El pez ha picado el anzuelo y ahora tan solo ha de tirar del sedal... Pero ha de hacerlo con suavidad:

Hola, Superrman. Soy de Madrid. ¿Y tú?

Lázaro no quiere hacerse ilusiones, pero... ¿qué posibilidades hay de que alguien, en un chat que no precisa ni de registro previo, desee utilizar como nombre de usuario Superrman? ¿Y qué probabilidad hay de que ese alguien escriba Superman con dos erres?

Lázaro sabe que al otro lado de la pantalla se oculta un sociópata. De hecho, está convencido de que si ha utilizado ese nombre de usuario es para reivindicar su identidad digital. A Superrman, simplemente, le ocurre lo mismo que les sucede a los escritores, cantantes o actores que se dan a conocer con un pseudónimo. Una vez utilizado, lo coherente es seguir empleándolo en el futuro.

-Así que Superrman tiene ego. –Lázaro deja encendido su ordenador y se dirige al baño. Sabe que Superrman, si es que llega a contestarle, puede tardar horas... Aunque lo más probable es que vuelva a conectarse cuando vuelva a anochecer.

Lázaro se encamina al cuarto de baño, dispuesto a vaciar su vejiga, pero se detiene en seco a mitad del pasillo. Tras su espalda se escucha un sonido.

Acaba de recibir un mensaje nuevo.

H (9.06 h.) Yo también soy de Madrid!!!

Superrman está en línea, así que puede chatear en directo con él. Es una oportunidad de oro. Lázaro tira un poco más del sedal:

 ¿Cuántos años tienes?

Lázaro se contiene. Desea quedar con Superrman en una cafetería ya mismo y verle la cara, pero eso podría levantar sospechas. Chicas y Chicos 21 es un chat para gente joven y Amor_Primaveral ha de comportarse como tal. Una chica se mostraría reacia a una cita en persona sin saber nada de alguien a quien acaba de conocer por Internet.

 H (9.07 h.) Tengo 19 años. Y tú????

Lázaro mira la foto de Valentina. Está donde la dejó el día anterior: en la segunda leja de su estantería, cuidadosamente apoyada contra el grueso lomo de un diccionario de español-inglés. Fijándose bien en el rostro de la chica, Valentina parece estar incluso más triste que ayer.

Lázaro tiene una idea. Sabe que el pez ha picado el anzuelo y tiene la certeza de que el anzuelo ha penetrado en su piel con la suficiente profundidad como para impedir que huya. ¿Por qué no jugar con él? ¿Por qué no ponerlo nervioso?

 -Tengo 16 años –teclea-. ¿Cómo te llamas?

Lázaro sonrío. Si aquel Superrman realmente es el la persona que cree, puede que haya contactado con Amor_Primaveral por curiosidad. Probablemente se sorprendiera al ver a un usuario con aquel Nick...

 H (9.07 h.) Me llamo Francisco, ¿y tú?

Lázaro mira a Valentina. En la foto, la joven mira a la cámara como si el simple hecho de sostener la mirada le supusiera un gran esfuerzo.

 -Va por ti, Valentina –le dice.

H (9.08 h.) Me llamo Valentina.

Ismael da un respingo. De súbito, la pantalla de su portátil se vuelve borrosa.

-No puede ser –piensa-. Ha de ser una coincidencia.

Pero son demasiadas coincidencias seguidas. ¿Qué probabilidad hay de que alguien utilice el nombre de usuario Amor_Primaveral? Y es más, ¿qué posibilidades hay de que esa misma persona se llame Valentina?

-Pero está muerta –piensa, intentando tranquilizarse-. Está muerta. Se suicidó. Tiene que ser otra...

Ismael se levanta de la silla y deambula por la habitación 2-18. Intenta contenerse, pero...

Vuelve a sentarse. Los dedos le tiemblan y apenas puede escribir.

- (9.12 h.) Quiero conocerte, Valentina.

Ismael observa la hora que aparece delante de su mensaje. Se muerde los dedos. Ha tardado demasiado en contestar. Cuatro minutos es mucho tiempo. Eso puede ser sospechoso. Se muerde con más fuerza. Sus dientes le desgarran la piel.

- (9.12 h.) No sé, Francisco... Es que no te conozco de nada.

Se muestra reticente. Y eso es bueno. Ismael aprovecha para insistir:

- (9.12 h.) Venga, Valentina... ¡Te invito a un café!

- (9.13h.) Bueno, si insistes...

Ismael tiene que verle la cara a la Valentina que hay tras Amor_Primaveral. Es más, *necesita* quedar con ella cuanto antes. Son demasiadas coincidencias...

-Está muerta, está muerta, está muerta –se dice una y otra vez-. No puede ser ella... Imposible...

Pero por más que se lo repite, no acaba de convencerse. Todo aquello se le

antoja a una pesadilla. ¿Y si Valentina no llegó a terminar con su vida? ¿Y si los cortes de sus venas no fueron lo suficientemente profundos como para acabar con ella?

Pero sabe que es imposible. Valentina está muerta. Él mismo leyó el titular del periódico: JOVEN DE 15 AÑOS SE SUICIDA. ¿Acaso mentiría la prensa?

-Está muerta, muerta, MUERTA.

Pero si es así, ¿con quién está hablando ahora?

De repente, Ismael tiene una sospecha: ¿y si Valentina, además de obsesa, era mentirosa? ¿Qué pasaría si, en lugar de guardar silencio, tal y como le exigió, le contó algo a alguien? Ismael no quiere ni imaginarlo. Ha pasado ya un año desde que se suicidara, pero... ¿y si tenía alguna amiga? ¿Y si ha dejado algún cabo suelto?

Lo duda. Sabe que Valentina era una chica antisocial, tímida y solitaria, pero aun así... ¿y si le contó a alguien que le gustaba chatear? ¿Y si a ese alguien le dijo cuál era su nombre de usuario favorito, le gustó y ahora lo estaba utilizando? ¿Y si ese alguien sabe algo más?

Ismael se muerde con tanta fuerza que siente el hueso de su dedo índice crujir bajo la presión de sus colmillos. Pero no siente dolor. Por el contrario, le reconforta el sabor de su sangre.

-Tengo que conocer a Amor_Primaveral –concluye-. He de asegurarme de que no sabe nada.

En caso contrario, Ismael sabe lo que ha de hacer...

-No puedo dejar cabos sueltos.

- (9.15 h.) ¿Dónde nos vemos, Superrman? ¡Estás muy callado!
¿Sigues ahí?

- (9.15 h.) Sí. Aquí estoy!!! ¿K t parece el café Flamingous? ¿Lo conoces?

Ismael espera que sí. Es un local muy popular entre los jóvenes y lo suficientemente retirado del campus universitario como para que alguien pueda reconocerlo.

- (9.13 h.) Sí!!!!!!!!!!!! El Flamingous me gusta.

Ismael respira un poco más aliviado.

- (9.13 h.) ¿Nos vemos a las 11? –le propone-. ¿Te viene bien?

- (9.14 h.) Vale... ¿Pero cómo te reconozco? ¡No me has dicho

cómo eres!

- (9.14 h.) Soy moreno... y delgado... ¿Y tú?
- (9.14 h.) Yo tengo el pelo negro y... estoy un poco rellenita.

Lázaro se prepara. Abre el armario y escoge una camisa casual de popelín blanco. Tiene coderas y está confeccionada con tejido 100% algodón. El cuello es clásico y tiene un cierre de botonadura frontal. Lázaro desabrocha el abotonado redondeado de las mangas largas y deja al descubierto sus antebrazos.

De pantalón, escoge unos tejanos con efecto vintage. Finalmente, se calza sus impolutos zapatos ingleses de piel en serraje color marrón.

Se contempla en el espejo. Siempre le gustó la buena ropa, pero ahora apenas le sirve. La camisa que ha escogido le está justa en exceso a causa de su nueva musculatura.

Pero no se queja. Se ve bien. Es más, se ve muy bien. Lo único a lo que no acaba de acostumbrarse es a su tatuaje. Pero tuvo que hacérselo; fue algo necesario. En la cárcel, aquella serpiente tenía un significado: rechazo a la policía. Y es que la estancia penitenciaria de un ex Inspector Jefe del Cuerpo Nacional de Policía no es fácil. Si bien asesinar a un violador fue algo bien visto por sus compañeros de prisión, no podían dejar de verlo como un policía. Así que, para dejar claro que ya no pertenecía al cuerpo, se tatuó aquella horrible serpiente donde todos pudieran verla...

Lázaro baja las escaleras y se dirige al garaje. Arranca su viejo Corrado de tres plazas y pulsa el botón de apertura automática de la puerta.

Está nervioso. Sabe que aquel Francisco que se oculta tras Superrman (si es que ese es su verdadero nombre) está relacionado con el suicidio de Valentina.

-Tiene demasiado interés en conocer a Amor Primaverl –piensa, saliendo a la calle-. Y, además, se puso nervioso. Cuando le dije que me llamaba Valentina tardó varios minutos en contestar.

Lázaro pulsa el botón de cerrado automático y pisa el acelerador.

Sabe que ha de tener cuidado.

El *Flamingous* está abarrotado. Es la hora del almuerzo y los trabajadores de los establecimientos circundantes han hecho una breve pausa en su jornada laboral para recuperar energías.

El almuerzo estrella es la tostada, en sus múltiples variantes: tostadas de tomate, tostadas con tomate y atún, tostadas con queso fresco, tostadas con pincho de tortilla de patatas y tostadas con jamón serrano, también conocidas como catalanas.

El *Flamingous* es un bar popular. Es amplio, luminoso, barato y con un buen servicio. Y eso por no hablar de las variadas formas de entretenimiento que ofrece: máquinas recreativas, futbolines, billares y máquinas de dardos.

Lázaro observa a unos chicos que han hecho novillos. Por su corta estatura y barbas lampiñas (y eso sin tener en cuenta las mochilas que han apilado en un rincón del bar), resulta obvio que deberían estar en el Instituto. Pero a nadie parece importarle. Los chicos no molestan. Están en el extremo del bar, afinando sus punterías con la diana y bebiendo refrescos.

Lázaro consulta la pantalla de su móvil: son las 10.30 h. Ha llegado con media hora de antelación. Quiere coger un buen sitio.

Se sienta en la barra, entre una mujer con pinta de ejecutiva y un hombre con el rótulo de su empresa grabado en la camisa: ZAPATOS HNOS. CORTÉS, S.L.

Lázaro coge el periódico local y finge ojearlo. A su alrededor, todo parece en orden. No hay nadie que llame su atención, tan solo trabajadores terminando de almorzar.

-¿Qué desea tomar el señor? –le pregunta la camarera.

-Un café con leche y sacarina.

-¿Algo más?

-Eso es todo –Lázaro deposita una moneda de un euro sobre la mesa-.
Cóbremelo ya, gracias.

Lázaro baja el periódico. Se ha sentado enfrente de la puerta de entrada, a unos discretos siete metros. Desde ahí puede controlar sin ser controlado.

Todo marcha tranquilamente y sin incidentes hasta que la mujer con pinta de ejecutiva le pregunta:

-Perdone, ¿puede ser que nos conozcamos?

Lázaro la mira. La mujer luce un vestido negro con rayas blancas que deja al descubierto sus piernas. Tiene el pelo recogido en una sobria coleta y usa gafas de pasta negras.

-Lo dudo mucho, señora. -Lázaro, dando por terminada la conversación, desvía su mirada hacia el periódico.

-No soy señora, soy una señorita. -La mujer da un trago a su café. Para su mala suerte, todavía le queda por comerse media tostada de atún. Y eso le va a llevar tiempo.

-Pues, en ese caso, lo dudo mucho, señorita. -Lázaro se muestra desagradable y pronuncia *señorita* con retintín. Pero la señorita parece no percatarse de su sorna.

-¿Viene por aquí a menudo?

Lázaro no quiere levantarse. Por una parte, si Superman está vigilando desde fuera, podría percatarse de su presencia y, por otra parte, un hombre de su tamaño sentado solo en una mesa llamaría rápidamente su atención. No, su lugar está en la barra.

-Señorita, no quiero ser maleducado con usted, pero déjeme en paz, ¿de acuerdo? -Lázaro cierra el periódico y le clava la mirada-. No es un buen momento, por favor.

La mujer se percata de la cabeza de serpiente que reptaba por su cuello.

-Perdone, pero ¿de qué me suena su cara? ¿Es usted famoso o algo así?

Lázaro traga saliva. Aquello no puede estar pasándole. La mujer sigue hablando, pero Lázaro observa la puerta de entrada. Acaba de entrar un joven. Tendrá unos 20 años. Es alto... y moreno...

-¡Ya lo sé! ¡Ya sé quién es! -La mujer con pinta de ejecutiva, como si acabara de ver a un fantasma, ha levantado tanto la voz que el resto de comensales de la barra la miran. Y también lo hace el joven que acaba de entrar. Lázaro cree haberlo visto antes, ¿pero dónde?

-¡Es usted Lázaro del Río! ¡El policía que ASESINÓ a aquel VIOLADOR!

El silencio reina en el Flamingous. Todos miran a Lázaro, unos directamente, otros de soslayo. Ya saben quién es, incluido el chico de la puerta. El joven lo observa con los ojos abiertos como platos. Y Lázaro lo observa a él. Durante unos segundos se sostienen la mirada, calculando sus

próximos movimientos. Finalmente, el joven echa a correr.
Lázaro se pone en pie de un salto y va tras él.

Superrman es más ágil y rápido de lo que estimó. Es muy delgado y mueve las piernas a tal velocidad que parece que vaya a echar a volar. Lázaro, por su parte, le dobla en edad y peso, pero es más resistente. Lo sigue a la zaga sin fatigarse, implacable.

Los separan unos 20 metros. Y Lázaro se aproxima.

La distancia entre ambos disminuye. Lázaro escucha la respiración entrecortada del joven. Sabe que no aguantará el ritmo mucho más; antes o después tendrá que pararse para recuperar el aliento.

Pero el chico ha aparcado cerca del *Flamingous* y se dirige a su coche: un Seat Ibiza plateado. Lázaro apresura el paso y recorta la distancia. Su esfuerzo no es suficiente. El joven ha accionado ya el botón de apertura de la llave a distancia y el coche realiza su correspondiente parpadeo de intermitentes, indicando que las puertas están abiertas.

Lázaro se acerca más, pero el chico ya ha llegado al vehículo y, raudo, abre la puerta del conductor. Accede a su interior y cierra las puertas. Lázaro llega a su altura poco antes de que arranque el motor.

-¡No huyas, cabrón! –le dice, golpeado la ventanilla del conductor-. ¡No podrás escapar!

El joven lo mira una última vez desde la seguridad ofrecida por el cristal de la ventanilla. Se nota que está al borde del desmallo. Sin duda, el sprint lo ha dejado exhausto. Pero aun así, le dedica una peineta. Acto seguido, pisa el acelerador y desaparece del lugar.

Lázaro observa el Seat Ibiza perderse calle abajo. Pero antes, memoriza el número de matrícula.

Lázaro apunta el número de matrícula en su mini-bloc y recuerda de qué le sonaba la cara de aquel chico. Ya han coincidido antes. Todo se desencadenó con demasiada rapidez como para caer en el momento, pero ya lo sabe:

-Es el mismo joven que pasó aquella noche frente al chalet de Marta.

En su momento, le pareció sospechoso. Lázaro lo vio conducir su Seat Ibiza plateado y desviar fugazmente la mirada hacia la vivienda de Marta, como si tratara de comprobar algo. Pero el joven se percató de su presencia y desapareció del lugar.

Ahora, plantado en medio de la calle, Lázaro lo recuerda. El *Flamingous* está calle abajo, a más de 200 metros de distancia, y todos los comensales se aglomeran en la puerta del establecimiento. Lo observan (algunos lo señalan) con una mezcla de interés y miedo.

Y allí está esa mujer con pinta de ejecutiva. Si hubiera mantenido la boca cerrada...

Pero ya es demasiado tarde. Superrman está prevenido. Y eso es malo. Un animal que se siente amenazado puede ser especialmente peligroso.

Y Superrman está acorralado. Si cabía alguna posibilidad de que no lo hubiera reconocido la primera vez que se toparon, ahora sabe que el ex Inspector Jefe Lázaro del Río (“¡*El policía que ASESINÓ a aquel VIOLADOR!*”), va tras sus pasos.

Lázaro comienza a andar hacia su Corrado. No quiere continuar siendo el foco de atención de aquella muchedumbre.

El Volkswagen está aparcado a una manzana del *Flamingous*, así que tiene tiempo para caminar un par de minutos en silencio. Aprovecha el trayecto para pensar... pero enseguida ve a su Corri. Abre la puerta y, una vez en el interior del vehículo, extrae el móvil del bolsillo de sus tejanos.

Ha de hacer una llamada.

Lázaro llama a Rocío, una vieja conocida que trabaja en la DGT. Desde su ingreso en prisión no ha vuelto a saber de ella. Espera que siga viva.

Aguarda unos segundos hasta que, al otro lado de la línea, escucha una voz femenina:

-¿Diga? –pregunta con un timbre de voz distinto al que Lázaro recuerda.

-Rocío, ¿eres tú? –Tiene que asegurarse de que es ella. No ha de haber intermediarios.

-Sí, ¿quién es?

-Soy Lázaro del Río.

Rocío guarda un silencio prolongado, tanto que Lázaro mira la pantalla de su móvil para comprobar que la llamada sigue en curso.

-¡Dios mío, Lázaro! ¿Cómo estás? Hace una eternidad que...

-¿Puedes hacerle un favor a un viejo amigo? –Lázaro sabe que el tiempo corre en su contra. Ha actuar con premura-. Verás, he tenido un percance con otro conductor y necesito identificarlo... ¿Puedes consultar una matrícula?

Rocío vuelve a guardar silencio. Está muy al corriente de su situación. Ya no es Inspector Jefe, de hecho, no es ni un simple agente de policía. Rocío, como funcionaria de la Dirección General de Tráfico, ha de cumplir un protocolo: la solicitud de un Informe de Matrícula. No puede facilitar esa información así como así al primero que la llame por teléfono.

-Venga Rocío, hazlo por los viejos tiempos. No te llevará más de un minuto. Y lo sabes.

-Por Dios, Lázaro, ¿sabes la que me puede caer si...?

-No lo sabrá nadie, descuida.

La está poniendo en un aprieto. Rocío es una buena mujer y se está aprovechando de eso. No es algo noble, pero Lázaro no tiene otra alternativa. Ha de dar con Superman. Y cuanto antes.

-De acuerdo, dime la matrícula. Rápido.

Lázaro lee los cuatro números y tres letras correspondientes. Escucha cómo Rocío teclea en el ordenador con una sonrisa. Está accediendo al

registro de la Jefatura Central de Tráfico.

-Toma nota –le dice, al fin-. La fecha de primera matriculación es el 17 de octubre de 2016. El titular es un tal Esteban Zamora Vivancos. El coche está limpio: no tiene reservas de dominio, ni reclamaciones de deudas con Hacienda, ni incidencias, ni...

-Me interesa la información del titular –le interrumpe-. ¿Qué más puedes decirme de Esteban Zamora Vivancos?

-Bueno... –Rocío duda-. Como te digo, no hay ninguna reclamación ni ningún impuesto de vehículo pendiente de pago.

-¿Dónde vive? –le pregunta.

-Eso no tengo modo de saberlo.. Oye, Lázaro... ¿va todo bien? ¿No estarás metiéndote en otro lío, verdad?

-No te preocupes –le dice, arrancando su viejo Corrado-. Muchas gracias por todo. Eres un sol.

Ismael entra en la habitación 2-18. No puede contenerse. Se golpea. Impacta sus rodillas una y otra vez contra la pared. Lo hace con fuerza, deseando partirse las rótulas. Luego, cuando el dolor le impide mantenerse en pie, se tira al suelo y comienza a golpearse las costillas. Hunde sus puños de forma reiterada en su abdomen, a la altura de sus costillas flotantes, pero es tan cobarde que no llega a fracturarse nada.

Ismael comienza a llorar. Ha caído en la trampa. Ha sido tan idiota, tan sumamente estúpido, como meterse en la boca del lobo.

Además, en su momento no lo reconoció... Y tendría que haberlo hecho.

-Lázaro del Río. –El simple hecho de pensar el nombre del ex Inspector Jefe de Policía le provoca escalofríos-. Me ha visto la cara. Sabe quién soy. Sabe qué es lo que he hecho.

Ismael ya no tiene dudas. La persona oculta tras Amor_Primaveral no es ninguna amiga de Valentina. En eso tuvo razón: aquella obesa no tenía amigos. Pero lo que nunca pudo imaginar es que Amor_Primaveral fuera Lázaro del Río.

Tendría que haberlo reconocido aquella noche. El hombre que se encontró en la acera justo enfrente del chalet de Valentina, aquel hombre que, por algún motivo, le causó una profunda desconfianza, era él.

Ismael se golpea las costillas como un poseso, pero sus puños, al impactar, reducen la velocidad. Sabe que no tiene valor para fracturarse ningún hueso. Y eso lo enfurece más.

-Tendría que haberlo reconocido... Tendría que haberlo reconocido...

Pero ha cambiado mucho. De hecho, si aquella mujer del *Flamingous* no hubiera pregonado a los cuatro vientos que era Lázaro del Río, “*el policía que ASESINÓ a aquel VIOLADOR*”, no lo habría identificado.

Y, de repente, Ismael cae en la cuenta: Lázaro del Río va a por él. Es solo cuestión de horas (si no de minutos) que aparezca por la puerta de la habitación 2-18. No quiere ni imaginar lo que puede llegar a hacerle.

Ismael recuerda cómo cosió a balazos a aquel violador y...

Traga saliva. Ya no puede esconderse. Y no piensa entrar en la cárcel sin hacer un poco más de ruido.

-Una última obra de arte –se dice-. Me despediré con mi obra maestra. La más grande que se haya visto.

Lázaro sube a la segunda planta de su dúplex y se encierra en su despacho. Tiene el nombre y apellidos del titular del Seat Ibiza plateado, pero ni idea de su paradero.

Ha de encontrarlo, y no tiene tiempo para ir al Registro de la Propiedad y presentar una hoja de localización de bienes. Ha de hacerlo ya.

Lázaro teclea en Google *Esteban Zamora Vivancos*, cruza los dedos y pulsa Intro.

El buscador arroja varios resultados pero, de entre todos ellos, destaca el titular de un periódico. La noticia fue publicada hace más de dos años. Lázaro clica en ella y lee:

INDUSTRIAS SUZA SE EXPANDE

Con la incorporación de KIRT, SUZA, empresa fundada en 1997 por Esteban Zamora Vivancos, ya está presente en 9 países del continente (Francia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Suecia, Noruega, Dinamarca, Finlandia y Portugal) gracias a sus plataformas logísticas de distribución.

La situación actual deriva de un proceso que se inició hace...

El resto no le interesa. Lázaro se fija en el nombre del periódico: *Zaragoza In Times*.

Aquello no tiene sentido. Si el propietario del Seat Ibiza es el mismo Esteban que fundó SUZA, ¿qué hace su coche en Madrid?

Lázaro baja hasta el final de la noticia y observa la foto. En ella aparece Esteban Zamora. Lo sabe porque así lo hace saber el texto que hay al pie de la imagen:

Esteban, propietario de SUZA (izquierda) y Patrick, propietario de KIRT (derecha) tras la fusión de las dos empresas.

Lázaro amplía la pantalla. Los dos hombres se dan la mano, sonrientes, mientras que una multitud aplaude. Pero Lázaro se fija en el chico que hay próximo a Esteban. Es alto, delgado y moreno. Su parecido con Esteban

Zamora es más que notable. El joven aplaude el acuerdo, pero, a diferencia de los demás, no sonríe. Lázaro lo reconoce. En la foto está más joven, pero tiene la misma cara. Es su Superrman.

Lázaro entra en la página web de SUZA. Se trata de una empresa dedicada a la distribución de accesorios para motos y bicicletas. Busca el teléfono de contacto en la parte inferior de la web y llama.

Tras casi un minuto de espera, le atiende una recepcionista.

-Buenos días, me llamo Judith, ¿en qué puedo ayudarle?

-Soy el ex Inspector Jefe del Cuerpo Nacional de Policía Lázaro del Río, número de placa 18963-C. Necesito hablar inmediatamente con Esteban Zamora Vivancos.

Lázaro sabe que sus credenciales han sido demasiado largas como para reparar en el “ex” que las preceden.

-Señor, me temo que no me es posible...

-Páseme con el propietario de SUZA, Judith. Tengo que hablar directamente con Esteban Zamora Vivancos. No quiero a ningún heraldo de por medio. ¿Lo entiende?

La recepcionista duda un instante, pero acaba por ceder.

-De acuerdo, señor, le doy su número de teléfono privado.

Ismael sale de la habitación 2-18. Con tanto alboroto, lo había olvidado: hoy, cinco de junio, a las 12.00 h., tiene examen de *Programación Concurrente y Distribuida*, una de las asignaturas que pensaba suspender. De no ser por la hoja que imprimió con las convocatorias de exámenes de Grado en Informática, ahora no estaría dirigiéndose al aulario de la facultad y, lo más importante, habría dejado escapar la oportunidad de llevar a cabo su obra magna.

Todos sus planes acaban de irse al traste: terminar la carrera en cinco años, prolongando su estancia en la universidad un año más; hacer posteriormente un máster, evitando así volver a casa... Pero no le importa. O al menos, no le importa en exceso. Su formación universitaria solo es una farsa. Su auténtica profesión, aquella por la que tiene vocación, no va a verse alterada. De hecho, ahora tiene la oportunidad de poner punto y final a su currículum. De haberse dado otras circunstancias, Ismael habría continuado captando niñas en chats, quedando con ellas y, por último, sesgando sus vidas de modos tan macabros como ingeniosos. Pero, ¿cuántas niñas podría haber matado antes de que la policía diera con él? ¿Cuatro, cinco, seis a lo sumo?

Ismael sabe que, más temprano que tarde, la policía terminaría siguiendo sus pasos (y eso si no lo estaban haciendo ya). Así que, después de todo, puede que Lázaro del Río no haya evitado nada.

Ismael se encamina al aula 0.29. Sus compañeros ya están en la puerta, todos con el DNI en la mano. El profesor va nombrando a los alumnos presentes en orden de lista, comprueba su DNI y les indica que pasen. Va por la letra "P". Ismael respira, aliviado, aún quedan unos cuantos por delante hasta que le toque. Tiene tiempo para repasar su improvisado plan una última vez:

Ahora, Ismael se sentará en la última fila de la clase. Sabe que el profesor le pedirá que tome asiento en la parte trasera del aula. Siempre lo hacen. Debido a su primer apellido, Zamora, Ismael es el último alumno por orden de lista. Y eso tiene como única ventaja un sitio asegurado en los exámenes al

final de la clase. Los profesores de universidad, todos igual de idiotas, tienen la costumbre de ubicar a los alumnos por orden de lista. Y todos comienzan por las primeras filas.

Cuando comience el examen, y una vez que todos estén concentrados en la repugnante asignatura, calentándose la cabeza por dilucidar si la respuesta correcta es la A, la B o la C, una vez que todos hayan bajado la guardia, Ismael abrirá la mochila, sacará el cuchillo de cerámica Aicok negro que compró en Amazon hace unos meses y comenzará la matanza.

El cuchillo está muy afilado y corta sin esfuerzo. Ismael no tiene duda de que matará a muchos compañeros suyos. La única duda que tiene es ¿cuántos podrá llevarse antes de llamar la atención? ¿Cuántos cuellos podrá rebanar antes de que cunda el pánico?

El cuello es el mejor lugar para hacerlo. Sufrirán un intenso dolor, pero caerán inconscientes al suelo. Morirán en un intervalo de tiempo comprendido entre los diez y los 30 segundos. Aquello requiere valor, y por eso Ismael sabe que su hazaña será recordada. Después de matar a GOTI-K, se siente capaz. Sabe que puede hacerlo. Es una prueba difícil, pero está preparado.

Al pensar en la orgía de sangre que está a punto de desatar, Ismael se siente más vivo que nunca.

-Ismael Zamora Martínez –lo nombra el profesor.

Es el último. Todos sus compañeros han entrado ya. Ismael se acerca y le muestra su DNI. El profesor lo mira por encima del carnet.

-¿Estás nervioso, Ismael? –le pregunta, devolviéndoselo-. ¿Te encuentras bien?

-No es nada, profesor. –Le sonrío.

Y sin más, entra al aula 0.29.

Lázaro conduce a toda velocidad.

El motor de su viejo Corrado está revolucionado y suena un tanto quejumbroso, pero responde bien. Lázaro pisa a fondo el acelerador. El cuentakilómetros indica que ha excedido los 150 Km/h.

La universidad Pío Baroja tiene fácil acceso. Lázaro agradece que quede comunicada con la Autovía A-26 pues, de no ser así, ahora tendría que atravesar todo el centro, tragarse los semáforos y perder unos minutos que podrían resultar decisivos.

Esteban Zamora no se mostró sorprendido al hablar con Lázaro. De hecho, no le preguntó por el motivo de su llamada ni a qué se debía el interés por su hijo. Al hablar con él, Lázaro tuvo la impresión de que el propietario y fundador de SUZA, de algún modo, ya esperaba aquella llamada. Era como si supiera que, tarde o temprano, la policía acabaría preguntando por su hijo.

Esteban le aseguró que su primogénito estudia Ingeniería Electrónica en la universidad pública. De hecho, le indicó que todos los meses paga más de 800€ de su residencia.

Y allí es donde Lázaro se dirige.

A la habitación 2-18.

El examen acaba de empezar.

El profesor pide silencio y los últimos murmullos cesan. Comienzan a repartirse las hojas de respuesta y, poco después, la prueba escrita.

El profesor da las indicaciones: el examen tiene una hora de duración, son 45 preguntas con tres opciones de respuesta (A, B o C), solo hay una respuesta correcta, los errores penalizan, aunque no lo hacen las respuestas en blanco. El criterio de corrección es: una pregunta mala quita una pregunta buena. Para que el examen sea corregido es necesario responder a 40 preguntas.

El profesor informa a la clase que, quien así lo desee, aún tiene el derecho de no presentarse a la actual convocatoria. Para ello, simplemente, deben abandonar el aula en un tiempo no superior a cinco minutos. Transcurrido ese tiempo, la convocatoria será efectiva para todos los presentes y nadie podrá abandonar el aula.

Los estudiantes leen por encima las preguntas. Vuelven a surgir nuevos murmullos. Intercambian miradas entre ellos y, tras concluir que el examen es muy difícil, comienzan a abandonar el aula.

Afortunadamente, son pocos los que se marchan. Ismael los ve atravesar el pasillo. Una compañera (Inés cree que se llama) sentada justo delante de él también se pone en pie. Ismael la ve desaparecer al otro lado de la puerta. Aquella imbécil no sabe de la que se ha librado.

Lázaro se planta frente a la puerta con la placa “HABITACIÓN 2-18”. Agudiza el oído, pero no escucha nada al otro lado. Parece que no hay nadie.

A su derecha, en mitad del pasillo, hay un panel de anuncios. Es de corcho y, bien con alfileres o con chinchetas, hay sujetos una desmesurada cantidad de folletos publicitarios: “SE BUSCA COMPAÑERO DE PISO”, “DOY CLASES PARTICULARES DE MATEMÁTICAS A DOMICILIO. LLÁMAME PARA MÁS INFORMACIÓN”, “SE VENDE MOTO EN BUEN ESTADO”, “ACADEMIA MAGISTUR. PREPARA TUS OPOSICIONES”...

Lázaro arranca el folleto de la academia Magistur. Se ha fijado en la textura del papel estucado en el que ha sido impreso. Puede que le sirva.

Lo dobla por la mitad y, tras comprobar que no hay nadie observándolo, introduce la mitad por el marco de la puerta 2-18. Lázaro desliza el panfleto hacia la cerradura y hace movimientos firmes. Espera oír el resbalón de la puerta introducirse hacia dentro, pero...

-Está cerrada con llave... –comprueba.

Aquel método no sirve. Y se le acaba el tiempo. Cada segundo que pasa, Superrman se aleja un poco más. Y eso suponiendo que su padre no lo hubiera prevenido. ¿Y si Esteban Zamora, tras hablar con él, telefoneó inmediatamente a su hijo para informarle de que un tal Lázaro del Río se dirigía a la residencia de estudiantes e iba a por él? Aquello es algo más que probable.

-¡Maldita sea!

Ha de recurrir a la fuerza bruta. Lázaro observa la madera de la puerta. Se nota que es frágil. Al construir la residencia, ahorraron presupuesto en las puertas. No son macizas ni ofrecen resistencia. Están sujetas con solo dos bisagras.

-¡A la mierda!

Lázaro coge carrerilla y embiste. Siente la madera crujir, pero no es suficiente. Necesita más fuerza, más impulso. Lázaro se pega a la pared

opuesta y, con toda la velocidad que es capaz de alcanzar, acomete contra la puerta. Sus 82 kilos son demasiado para el delgado hierro del pestillo. Se escucha un sonido seco y la puerta cede.

Lázaro mira debajo de la cama, en el armario y en el cuarto de baño. No nadie. Se fija en el pie de ducha. La mampara está húmeda y algunas gotas de agua permanecen adheridas al cristal.

-Se ha duchado hace poco.

Lázaro repara en una bolsa que hay bajo el lavabo. El plástico deja entrever lo que parecen ser restos de ropa. Lázaro desata el nudo y extrae las prendas: una camisa, unos pantalones y unas botas negras.

Están húmedos. El líquido es viscoso. Lázaro lo huele.

-Sangre.

Se pone en pie y se dirige a la sala principal. Se dispone a buscar entre los cajones del escritorio pero no le hace falta. Sobre la mesa hay un folio impreso a color:

CONVOCATORIA DE EXÁMENES DE JUNIO GRADO EN INGENIERÍA ELECTRÓNICA

Lázaro mira la leyenda. La convocatoria recoge los exámenes para los cuatro cursos del grado: los del primer curso se marcan en verde; los del segundo, en amarillo; los de tercer curso, en azul, y los de cuarto curso, en rojo.

¿Qué curso hacía Superrman? ¿Era primero o segundo?

Esteban Zamora se lo comentó, pero no está seguro.

Lázaro recorre con el dedo el calendario de exámenes hasta encontrar el día cinco de junio. Para su suerte, solo hay un examen. Resaltado en amarillo lee:

Programación Concurrente y Distribuida

AULA 0.29

12.00 HORAS

Ismael sabe que ha llegado el momento. Ha pasado ya un cuarto de hora desde que comenzara el examen y el profesor ha cesado su ronda de vigilancia. Ahora lee un libro sentado frente a la pizarra digital.

Ismael echa un furtivo vistazo a su alrededor. Tiene al lado a un compañero. No sabe cómo se llama. Ni le importa. Pero es el único que puede dar la alarma. Así que empezará por él. Le cortará el cuello. Nadie lo verá. Todo el mundo tiene la cabeza gacha, absorto en su examen. Es como si pidieran a gritos que alguien los decapitara.

Tras cargarse al compañero se agachará y se dirigirá a la compañera de enfrente. Su largo pelo cobrizo le cae sobre los ojos como los anteojos de un caballo. No lo verá venir.

Tras ella, irá a por el compañero de al lado. El muy estúpido apoya la frente en su mano derecha, como si aquello lo ayudara a pensar mejor. Ismael sabe que puede abalanzarse encima de él sin problemas.

-Y ya van tres... –piensa.

Pero tras el tercero, lo más probable es que haya llamado la atención. A partir de ahí tendrá que improvisar. Llevarse por delante a cuantos pueda.

Ismael inspira profundamente y abre la mochila. Introduce disimuladamente la mano hasta palpar el mango de su cuchillo de cerámica. Es cálido. Y eso le reconforta.

Lázaro irrumpe en el aula 0.29.

Su ruidosa entrada ha llamado la atención de todos los alumnos y del profesor. Todos lo observan sin comprender quién es ni qué hace allí.

Pero Lázaro busca a su Superrman. Echa un rápido vistazo a los rostros perplejos de los estudiantes, pero no lo ve. Ni rastro de él. ¿Dónde se ha metido?

Y entonces, al fondo de la clase, repara en una mesa vacía. Se fija en ella porque es la única con una hoja en su superficie (el examen, supone). ¿Dónde se ha metido el estudiante? ¿De quién es la mochila que hay apoyada contra las patas del pupitre?

Lázaro se teme lo peor. Ante la atónita mirada de los estudiantes, y haciendo caso omiso a las advertencias del profesor, quien lo ha amenazado con llamar a seguridad, Lázaro atraviesa el pasillo.

Y allí está.

El joven está agachado en el suelo, agazapado tras un compañero. Sostiene un cuchillo y, al verlo, se ha quedado paralizado. Lo ha pillado con las manos en la masa.

-¡Todo el mundo fuera! –grita Lázaro-. ¡Fuera de aquí!

Lázaro corre hacia Superrman. El joven aproxima la hoja del cuchillo al cuello del compañero, pero antes de que pueda rozar su piel, Lázaro le propina una patada en la cara.

Le ha reventado las narices.

Los compañeros del fondo de la clase, los primeros en percatarse de qué está sucediendo, comienzan a gritar y huyen en estampida.

Ismael recupera la verticalidad y se acerca a Lázaro. Mueve el cuchillo con movimientos rápidos y horizontales, buscando su cuello. El filo del arma corta el aire y emite un sonido similar al siseo de una serpiente.

Comienza la danza de la muerte.

Ismael da un paso hacia Lázaro, pero el ex Inspector Jefe retrocede. La muchedumbre huye y grita a su alrededor. Ismael lo mira como poseído por

el mismísimo diablo.

-¡Lo has jodido todo! –le dice-. ¡Mi obra magna!

Corre hacia Lázaro, pero logra apartarse de su trayectoria con un paso a la derecha. Superrman ha tomado demasiado impulso y pasa de largo. Lázaro aprovecha para golpearle en la rodilla. Es una patada seca y fuerte. Superrman pierde el equilibrio y cae de bruces contra una de las mesas vacías.

Aquello lo enfurece aún más y se aferra al cuchillo como si la vida le fuera en ello. Acomete una última vez. Superrman es zurdo y blande el arma blanca por encima de su cabeza. Lázaro aprovecha su error. El trayecto es demasiado amplio, así que tiene tiempo para bloquear el impacto. Le golpea el antebrazo a Superrman y el cuchillo cae al suelo. Lázaro le da un puntapié, alejándolo de su alcance. A continuación, le golpea las costillas. Superrman comienza a escupir sangre. Se tambalea. Le cuesta mantenerse en pie.

Pero Lázaro no ha acabado con él.

Lo coge por el pelo y lo obliga a mirarlo.

-Esto es por Valentina –le susurra.

Le hunde el cráneo contra el pico de la mesa.

DÍA 4

-EPÍLOGO-

Lázaro aguarda la llegada de Marta.

Bucéfalo ronronea en su regazo.

Sabe que ha tenido suerte. Su Superrman, también conocido como Ismael Zamora Martínez, está ingresado en el hospital y, pese a la fuerza con la que le estampó la frente contra la esquina de la mesa, su vida no corre peligro. Tampoco parece haber sufrido daños cerebrales.

La policía le tomó declaración y Lázaro lo contó todo. También le dio las grabaciones de las cámaras de seguridad del chalet de Marta.

Ismael Zamora Martínez era, en efecto, un asesino. Poco después los agentes ambientales informaron a las autoridades del hallazgo de un cadáver en Sierra Vida. El muy idiota le pegó fuego y el humo alertó a los agentes. Según indicaron los análisis de ADN, la sangre del cuerpo quemado coincidía con la que encontraron en la bolsa de ropa bajo el lavabo de la habitación 2-18.

-Menudo imbécil... –piensa Lázaro, acariciando a Bucéfalo por detrás de las orejas-. No se deshizo de la ropa ensangrentada.

También encontraron en su habitación de la residencia material que lo vincula directamente con el homicidio de Valentina. La policía encontró numerosas fotos de la joven. Al parecer, la sometió a continuas vejaciones. La policía no entró en detalles con el ex Inspector Jefe, y Lázaro lo agradece. Prefiere no saber el martirio por el que tuvo que pasar aquella chica.

El ding-dong del timbre lo saca de su estupor. Lázaro se pone en pie y Bucéfalo da un salto para ubicarse en el cojín de al lado.

Es Marta.

La señora ha cambiado su vestido de luto por otro de un discreto azul marino. Tiene el cuello redondo y las mangas abullonadas. Parece diez años más joven.

La señora lleva un maletín.

-Aquí tiene, Inspector –le dice, depositándolo frente a sus pies-. Cincuenta mil euros. Tal y como le prometí.

Lázaro lo coge. Es pesado. Y eso hace que se sienta mal.

-Es mucho dinero, Marta. –Lo sopesa-. No puedo aceptar tanto... No...

-¡Cállese! ¿De acuerdo? –Marta esboza una media sonrisa-. ¡Se lo ha ganado! ¡Y Dios sabe que es verdad! No hay dinero en el mundo para pagarle lo que ha hecho. Ahora... –Marta mira al cielo-. Ahora mi Valentina podrá descansar en paz... Y yo también...

-No sé qué decir. –Lázaro sonríe-. ¡Me alaga usted, señora!

Marta se quita las gafas de sol y lo observa con sus adiamantados ojos verdes.

-Dígame Inspector, ¿le apetece comer?

FIN

Gracias por leer este libro.

Si te ha gustado, no olvides dejar tu opinión en Amazon. Solo te llevará unos minutos y será de ayuda para que potenciales clientes sepan qué pueden esperar de esta obra.

Muchas gracias.

Descubre todos los libros de A.P. Hernández en su página web:

<http://aphernandez.weebly.com>